Arquitrave

Louise Glück • Philipp Mainländer • Ósip Mandelshtam
Louis MacNeice • Ài Qīng • Attilio Bertolucci
Diane di Prima • Michael Longley • Claudio Damiani
Juan Guillermo Álvarez

Los poetas cubanos ya no sueñan

Los poetas cubanos ya no sueñan
(ni siquiera en la noche).
Van a cerrar la puerta para escribir a solas,
cuando cruje, de pronto, la madera;
el viento los empuja al garete;
unas manos los cogen por los hombros,
los voltean,
los ponen frente a frente a otras caras
(hundidas en pantanos, ardiendo en el napalm)
y el mundo encima de sus bocas fluye
y está obligado el ojo a ver, a ver, a ver.

Heriberto Padilla

Arquitrave
Harold Alvarado Tenorio • Director
http://www.arquitrave.com
ISSN: 1692-0066
nº 72, junio de 2025

Arquitrave se publica con el amparo de Alberto da Costa e Silva, Antonio Caballero Holguín†, Antonio José Ponte, Cristina Peri Rossi, Daniel Balderston, Diómedes Cordero, Guillermo Angulo, Juan Carlos Pastrana, José Prats Sariol, Julia Saltzmann, Luis Miguel Madrid†, Muslim Al-Ramli, Pablo Felipe Arango, Rafael Arraiz, Raúl Rivero† y Rowena Hill.

Louise Glück

Clay Risen

Louise Glück, cuyo trabajo abrasador y hondamente personal, a menudo filtrado de mitología clásica, religión y el mundo natural, mereció todos los honores disponibles, desde el Premio Pulitzer, el Premio Nacional del Libro y el Premio Nobel de Literatura, murió de cáncer, en su casa de Cambridge, a los 80 años.

Glück (pronunciado glick) era considerada una de las poetas más importantes de USA, mucho antes de ganar el Nobel. Comenzó a publicar en 1960 pero consolidó su reputación con una serie de libros, como *El triunfo de Aquiles* (1985), ganador del Premio del Círculo Nacional de Críticos del Libro; *Ararat* (1990); y *El iris salvaje* (1992), ganador del Premio Pulitzer.

Su obra fue profundamente personal se inspirada en el dolor con claridad y lirismo. "*Directo es la palabra clave aquí*", escribió Wendy Lesser en The Washington Post. *"El lenguaje de Glück es decididamente directo, notablemente cercano a la dicción del habla común. Sin embargo, su cuidadosa selección del ritmo y la repetición, y la especificidad incluso de sus frases idiomáticamente vagas, confieren a sus poemas una fuerza que dista mucho de ser coloquial".*

Sus primeros trabajos están en deuda con los llamados poetas confesionales que dominaron la escena en los años 50 y 60, como John Berryman, Robert Lowell y Sylvia Plath. Pero, aunque Glück continuó tejiendo sus versos con un hilo autobiográfico, no hay nada solipsista en su obra posterior, más madura, incluso cuando exploró temas íntimos de trauma y desamor.

"Los poetas a los que volví al crecer fueron aquellos en cuya obra desempeñé, como oyente elegida, un papel crucial", dijo en su discurso de aceptación del Nobel. *"Íntimos, seductores, a menudo furtivos o clandestinos. No poetas de estadio. No poetas que hablan consigo mismos".*

Con un ingenio a veces despiadado y un lenguaje muy agudo, unió lo personal con lo social, lo particular con lo universal, uniendo meditaciones sobre sus propias luchas con temas de familia, mortalidad y pérdida.

Al otorgarle el Nobel de literatura el comité elogió su *"inconfundible voz poética que con austera belleza hace universal la existencia individual". «Desapacible», «alienada» y «austera»* son adjetivos habituales en las reseñas de la obra de Glück. *«En el fondo, es la poeta de un mundo agotado»*, escribió Don Bogen. La naturaleza rara vez es objeto de belleza en su obra; está llena de tristeza, peligro y decepción. En ***Mock Orange*** el quizás más famoso de sus poemas dice:

En esta noche, en mi mente
escucho la pregunta y la respuesta que persiguen
fusionándose en un sonido.
Se ponen y sobreponen y entonces
son mezcladas en envejecidos yoes,
exhausto antagonismo. ¿Ves?
Nos volvieron tontos.
Y el aroma de las flores de naranjo
inmoviliza a través de la ventana.

Pero si bien su obra rara vez ofrece redención, y mucho menos alegría, sí busca consuelo, aunque sólo sea en la aceptación del mundo tal como es: el triunfo de Aquiles, en su opinión, fue la comprensión de su propia mortalidad.

Y en la mortalidad y la muerte, sentía, se podía encontrar la esperanza del renacimiento. En el poema que da título a ***El iris salvaje***, escribió, desde la perspectiva de la flor,

Tú que no recuerdas
el paso del otro mundo
te digo que podría hablar de nuevo:
lo que regresa del olvido regresa
para encontrar una voz:

desde el centro de mi vida surgió
una gran fuente,
sombras azules profundas
en el agua azul del mar.

Louise Elizabeth Glück (New York, 1943-2023) creció en Woodmere, en la costa sur de Long Island. Su padre, Daniel, era un hombre de negocios y un poeta frustrado que, entre otras cosas, ayudó a inventar la navaja X-Acto. Su madre, Beatrice (Grosby) Glück, ama de casa.

Louise fue una niña de gran agudeza. En su discurso de entrega del Nobel, recordó una noche, cuando tenía 6 años, en la que se quedó despierta debatiendo consigo cuál era el «mejor poema del mundo» y no pudo decidirse entre «El pequeño niño negro», de William Blake, y «El río Swanee», de Stephen Foster. (Tras muchas idas y venidas, Blake ganó).

"Competiciones de este tipo, por honores, por grandes premios, me parecían naturales", dijo. *"Los mitos que leí al principio estaban llenos de ellos".*

Pero también era competitiva consigo misma y autocrítica. Luchó contra la anorexia en su adolescencia. "*Más tarde empe-*

cé a comprender los peligros y las limitaciones del pensamiento jerárquico, pero en mi infancia me parecía importante otorgar un premio", dijo. "Una persona se paraba en la cima de la montaña, visible desde lejos, lo único interesante de la montaña". Su condición le dificultó asistir a la universidad, aunque tomó clases en Sarah Lawrence y Columbia, donde estudió con Léonie Adams y Stanley Kunitz .

A mediados de la década de 1960, trabajó como secretaria y escribía en su tiempo libre. Pronto empezó a publicar en revistas como The New Yorker, The Atlantic y The Nation.

Su primer libro, *Primogénita*, dejó a Glück agotada y con bloqueo creativo. Aunque al principio de su carrera había dicho que no quería ser poeta docente, aceptó un puesto en el Goddard College de Vermont. Para su sorpresa, descubrió que disfrutaba enseñando, ocupando puestos en Williams College, Yale y Stanford.

Publicó 14 libros, incluyendo *Poemas: 1962-2012*, un compendio de su poesía. Hoy se considera lectura obligada para cualquier aspirante a poeta y, para cualquiera que tome en serio la literatura estadounidense moderna.

Glück ganó el Premio Nacional del Libro de Poesía en 2014. Recibió el Premio Bollingen de Yale en 2001.

También escribió dos colecciones de ensayos y, en 2022, *Marigold and Rose: A Fiction*" un libro que se sitúa entre la novela y la poesía. En 2016, Barack Obama le entregó la Medalla Nacional de Humanidades.

Glück nunca se sintió cómoda con su figuración pública y le inquietaba que ser considerada poeta popular fuera un paso intermedio en el camino hacia la mediocridad.

"Cuando me dicen que tengo muchos lectores, pienso: 'Genial, voy a ser Longfellow': alguien fácil de entender, alguien que cae

bien, esa clase de experiencia diluida al alcance de muchos", dijo en una entrevista de 2009. *"Y no quiero ser Longfellow. Lo siento, Henry, pero no quiero serlo".*

Pero llegó a aceptar el elogio como un indicio de la inmortalidad que había buscado siendo niña, y una aceptación, de su parte, de la tensión entre lo personal y lo universal que había alimentado gran parte de su obra. *"Algunos poetas no ven el alcance de muchos en términos espaciales, como en el auditorio lleno"*, dijo en su discurso del Nobel. *"Ven el alcance de muchos temporalmente, secuencialmente, a lo largo del tiempo, hacia el futuro, pero de alguna manera profunda, estos lectores siempre llegan individualmente, uno a uno".*

Louise Glück

Antes de la tormenta

Mañana lloverá,
esta noche el cielo está abierto
y las estrellas brillan.
Sin embargo, vendrá la lluvia,
y será tanta que arruinará las semillas.
Un viento empuja las nubes hacia el mar,
antes que verlas, sientes el viento.
Es mejor mirar ahora los campos,
verlos antes que se inunden.

Es luna llena.
Una oveja escapó ayer hacia el bosque,
pero no cualquiera, era carnero,
cuando le veamos otra vez, será en sus huesos.

La hierba se estremece;
el viento pasa sobre ella,
y las hojas de los olivos tiemblan.
Hay ratones de campo.
Donde cace el zorro,
habrá sangre mañana.
La tormenta lavará la hierba.

Hay un chico sentado en una ventana,
le han dicho que vaya a dormir,

pero piensa que es muy temprano
y se queda allí, como si nada.
Donde uno está es donde duerme,
el lugar donde despertará el siguiente día.

La montaña se eleva como un fanal
para recordar que la tierra existe,
que no debe ser olvidada.
Sobre el mar, crecen las nubes,
las dispersa el viento dándoles designio.

Mañana no amanecerá.
El cielo no volverá a ser cielo;
seguirá siendo noche,
las estrellas huirán al llegar la tormenta,
durando solo unas diez horas.
El mundo no será como antes.

Una a una, las luces del pueblo se apagan
y la montaña brilla en la oscuridad.
Ni un solo sonido.
Sólo hay gatos peleando en los portales.
Huelen el viento: hora de reproducirse.
Luego merodean por las calles,
pero el olor del viento los acosa.
También en los campos
el viento se eleva y las estrellan brillan.
Aun lejos del mar entendemos estos signos.
La noche es un libro abierto,
pero el mundo sigue siendo un misterio.

Flores de filadelfo

No es la luna, te lo digo.
Son las flores
que iluminan el patio.

Las odio.
Como odio el sexo,
la boca del hombre
lacrando mi boca,
—paralizando mi cuerpo—

Y el llanto que siempre huye,
la baja, humillante
—sospecha del coito—

Esta noche, en mi mente
oigo la pregunta y su respuesta
fusionándose en un sonido.
Se ponen y sobreponen y entonces
se mezclan en envejecidos yoes,
exhausto antagonismo. ¿Ves?
Nos volvieron tontos.
Y el aroma de las flores de filadelfo
inmoviliza a través de la ventana.

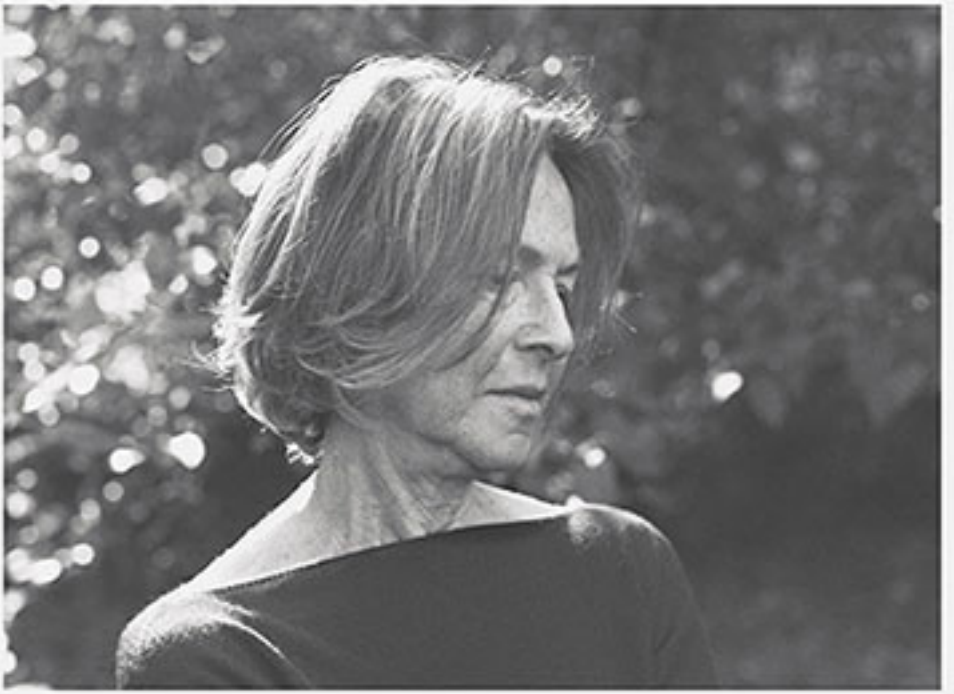
¿Cómo podré descansar?
¿Cómo podré ser feliz
cuando todavía está ahí
ese olor en el mundo?

MODERN CLASSICS

Louise Glück

Poems 1962–2020

Winner of the Nobel Prize



Estudio romano

Al principio sintió
que debió haber nacido de Afrodita,
no de Venus,
pero quedaba muy poco por hacer,
por lograr, después de los griegos.

Y le disgustaba la luz,
que Grecia tiene derecho a reivindicar.

Maldijo a su madre
(en privado, discretamente),
que pudo haber organizado todo esto.

Y después le ocurrió examinar estas reacciones
en las que, al final, reconoció
una clase nueva de pensamiento,
más mundana, más ambiciosa y política,
de lo que ahora llamamos métodos humanos.

Y cuanto más lo pensaba, más sentía
un ligero desdén por los griegos,
por su austeridad, por el sobrecogedor
equilibrio de sus tragedias,
hasta las más emocionantes al principio,
y después predecibles, rutinarias.

Y cuanto más lo pensaba,
era más evidente cuánto quedaba
por vivir y escribir, en un mundo material
hasta ahora apenas alabado.

Y precisamente en este razonamiento
reconoció el alcance y la trayectoria
de sus curiosidades.

Amor terrenal

Las conveniencias les mantuvieron unidos.
Fue una época (muy larga)
cuando al corazón, que se entregaba libre,
se le exigió renunciar a la libertad:
una ofrenda patética penada al fracaso.

Por suerte abandonamos esas pretensiones,
como solía recordar
cuando mi vida se hizo añicos.
Así que lo que tuvimos fue,
más o menos,
algo voluntario,
vivo.
Y no fue hasta mucho después
que intenté pensar de otro modo.

Humanos somos, nos protegemos
lo mejor que podemos,
incluso rechazamos la claridad,
nos engañamos a nosotros mismos,
como en la apoteosis de que he hablado.

Y, sin embargo,
en este ardid hubo felicidad.
Así que repetiría
del mismo modo
los mismos errores.

Tampoco parece crucial saber
si esa felicidad
se basa en una ilusión:
es real, a su modo.
Y, de todas maneras,
terminará.

Vida nueva

Durante la pesadilla de la discordia
reñíamos por quedarnos con la perra.
Ventisca.
¿Dime qué significa ese nombre?,
cruce entre algo grande, suave
y perro salchicha.

¿Tiene esto algo que ver con los genitales
masculinos y femeninos? Pobre *Ventisca*,
¿por qué era perro, sí degustaba
el tahini en su escudilla para perros?

Después hubo otra cosa, un sonido,
como de gravilla que se revuelve. ¿O era arena?
¿Las arenas del tiempo?

Después fue *Erica* con sus maracas,
como encarnadas arenas del tiempo.
¿Quién le expondrá esto a la perra?

Ventisca: papá te necesita;
papá tiene el corazón vacío,
no porque abandone a mamá
sino porque la clase de amor que quiere
mamá no puede dárselo,
mamá es demasiado sarcástica,
mamá no bailaría rumba en el estacionamiento.

O esto está mal.
¿Y si yo fuera la perra como cuando era una niña
afligida por no haber comenzado a hablar?
¡Con anorexia!

Ventisca, sé una perra valiente,
te despertarás en un mundo distinto,
volverás a comer, crecerás y serás poeta.

La vida es muy rara,
termine como termine, siempre llena de sueños.
Nunca olvidaré tu cara,
tus ojos de humano desesperados
y tumefactos por las lágrimas.

Pensaba que mi vida había terminado
y que mi corazón se había roto.

Después me fui a vivir a Cambridge.

[Harold Alvarado Tenorio]

Philipp Mainländer

Manuel Pérez Cornejo

Presentamos una selección de poemas de Philipp Batz, más conocido como Philipp Mainländer [Offenbach am Main, 1841-1876]. Su existencia solitaria contribuyó poco a la difusión de sus escritos. Hoy sabemos que Thomas Mann conoció su novela *Rupertine del Fino* (1899), pues *La Muerte en Venecia* (1912) revela paralelismos con ella; también, se detectan huellas de sus reflexiones en la novela de viajes de Karl May *Ardistan und Dschinnistan* (1909), como en la novela fantástica *Die Andere Seite*, de Alfred Kubin; pero fue J. L. Borges —a cuya inagotable erudición y curiosidad nada podía escapársele— quien redescubrió al suicida en su artículo *Biathanatos*.

> *Al releer esta nota, pienso en aquel trágico Philipp Batz, que se llama en la historia de la filosofía Philipp Mainländer. Fue, como yo, lector apasionado de Schopenhauer. Bajo su influjo (y quizá bajo el de los gnósticos) imaginó que somos fragmentos de un Dios, que en el principio de los tiempos se destruyó, ávido de no ser. La historia universal es la oscura agonía de esos fragmentos, Mainländer nació en 1841; en 1876 publicó su libro,* Filosofía de la redención. *Ese mismo año se dio muerte.*

Mainländer fue un furibundo pesimista que llevó al límite las tesis schopenhauerianas. Su idea central sugiere que "Dios ha muerto y su muerte es la vida del mundo". Para Mainländer, el universo es el cadáver del suicidio de Dios; a su juicio, "Dios ha muerto" pero no porque los hombres lo hayan matado, como mantendría Nietzsche, sino porque eligió morir, ani-

quilarse, al cobrar conciencia de que el Ser es insoportable, y por tanto el No-Ser, la Nada, resultan preferibles. Desde esta perspectiva, la Naturaleza entera y su evolución, así como la Historia humana, no son sino el subproducto de la necrosis divina, los restos de un Dios suicida, que van corrompiéndose a lo largo y ancho del cosmos, a través de un inacabable proceso que conduce a un caos constante. Dicho caos se manifiesta en el universo físico como entropía, y en el ámbito histórico como sufrimiento. La muerte es el fin inexorable de todo lo que existe; pero mientras algunos hombres aceptan serenamente ese fin, "mirándole a los ojos a la Nada absoluta con firmeza y alegría", y practicando una vida de ascetismo, el común de los mortales, viviendo alegremente, optan inconscientes un camino que, de entrada, resulta más largo, lento y fatigoso.

Siguiendo los planteamientos de la "izquierda schopenhaueriana", Mainländer mezcla estas amargas tesis con un ideario socialista: la búsqueda utópica de un Estado ideal justo hace parte del proceso tanático que afecta la realidad; si ese Estado se estableciese, los hombres podrían satisfacer todas sus necesidades; pero la eliminación de la penuria material dejará paso al peor de los males: el tedio, que les conducirá a renunciar a la vida. Así pues, para Mainländer la realización de la utopía resulta indispensable, si se quiere demostrar que nuestra existencia está abocada a un fracaso completo.

En esta filosofía dominada por una voluntad de morir, el arte, la literatura, y la fascinación que ejerce la belleza, se interpretan como el nostálgico recuerdo de la inmovilidad, del reposo, que caracterizaban la unidad originaria del Ser Supremo. En Mainländer, belleza y muerte van unidas; y en su teoría estética —como sucede en Schopenhauer y Von Hartmann— la contemplación de la belleza se vincula a una liberación transitoria

de las miserias que, desde el origen, lastran nuestra existencia como individuos. Su obra literaria abarca los dramas *Tarik* (1857-58), *Die letzten Hohenstaufen* (1864-66), *Die Macht der Motive* (1867), *Tiberius, Buddha* (1875), la autobiografía *Aus meinem Leben* (1874-75), y la novela *Rupertine del Fino*.

Su obra poética, como en Nietzsche, es breve, pero intensa. Los poemas que la componen surgieron en Nápoles, ciudad a la que viajó para formarse como agente comercial, y en la que residió desde 1858 a 1863. La "experiencia italiana" fue decisiva para su evolución espiritual: leyó en Dante, Petrarca, Bocaccio, Ariosto, Tasso y Leopardi. Estudió las obras de Spinoza y descubría *El mundo como voluntad y representación*, cuya lectura causó en él una impresión semejante a la experimentada, más tarde, por el joven Nietzsche. Mainländer quedaría cautivado por el sublime paisaje napolitano, como por las exuberantes tierras del sur, en las que el ansia de vivir no deja nunca de revelar cierto matiz de mortal amargura.

Una lectura de sus poemas, escritos la mayor parte en verso antiguo, pone de manifiesto que, aunque el componente pesimista se acentuó de forma evidente a partir de 1860, coincidiendo con la mencionada lectura de Schopenhauer, los temas esenciales que en ellas aparecen son siempre los mismos: la voluntad de vivir; el deseo frustrado; la contemplación de la belleza del paisaje como fuente de reposo y calma; la apología de la castidad como medio para liberarse del apetito sexual (y con él del dolor inherente a la existencia); la futilidad del consuelo religioso, y, por último, una "thanatofilia" que se hace obsesiva en los últimos poemas, compuestos ante las ruinas de la antigua Roma, en vísperas de su regreso a Alemania.

Tras la muerte de Mainländer, su hermana Minna reunió los originales bajo el título *Tagebuch eines Dichters* [Diario de un

poeta]; desde entonces fueron pasando de un editor a otro, terminando en manos de la viuda de Georg Hübscher (editor de las obras de Schopenhauer), quien los donó a la Bayerische Staatsbibliothek, donde permanecieron hasta 1999, año en que W. H. Müller-Seyfahrt y J. Hoell decidieron editarlos, incluyéndolos en el Tomo IV de los Schriften, publicados por la Georg Olms Verlag. Ésta es la edición que hemos utilizado para realizar la primera traducción al castellano de estos versos.

Las lágrimas que vierte el hombre

Las lágrimas que vierte el hombre
en el tumba de sus ilusiones,
¿Son rocío por el esplendor juvenil?
¿Son bendiciones para que el hombre arraigue?
¿O son las gotas de la sabia que resecan al árbol,
cuando su médula está herida de muerte?
Como nubes que en la noche otoñal crujen,
así persiguen a mi alma pensamientos de muerte.

Por ti contendré el dolor;
pero, dirás, tú también lo sientes.

[1859]

Igual que en otoño las hojas caen del árbol

Igual que en otoño las hojas caen del árbol,
y la vida fluye en las plantas hacia las raíces,
así perdí ni juventud y con todas mis fuerzas
vacié hacia dentro mi existencia.
Pero ni la primavera de una nueva juventud,
ni la alegría de nuevo me despiertan.

En mi pecho una dolorosa y feroz rabia vive;
y con sangre del corazón cebo el fuego salvaje
de la llama que me consume.

[1859]

Capri

Con frecuencia, cuando te miraba,
entre el tráfico ruidoso de la urbe,
mojada por las olas, firme e inmóvil,
mi corazón suspiró sin aliento
por la paz de tus valles, por la calma
de tus acantilados soberbios.

Ahora estoy sobre ti ¡Qué extraño! Lloro.
¿Qué incita mi llanto?
¿Será el presagio de que serás mi amiga,
y fluyen involuntarias las lágrimas,
como las de aquel que, pasados los años,
estrecha la madre entre sus brazos?

Que así sea. Así es como te quiero.
Eres una amiga que bien me quiere.
Tus radiantes acantilados,
sobre los que vuelan las gaviotas,
me aproximarán al cielo;
tu mar cantará canciones de cuna;
tus grutas me contarán historias:
Yo sólo escuchar y olvidar quiero.

[1858]

Herido está el hilo de la vida

Herido está el ciclo de la vida,
que alegría, musa y reposo dieron;
y me siento perdido: en el pecho
se me ha arrojado una amarga semilla.

No quiero morir como los campos,
que el otoño con sus dientes destroza;
cuando de repente los colores palidecen,
hasta que los secos tallos sus hojas
al pie del árbol esquilado dispersan
.
¡No! A la muerte quiero ir como
el viento tormentoso que
de norte a sur sopla salvaje—
¡No! Como los tajantes relámpagos,
así quiero acabarme.

La novia del viento no da cuartel:
rompe las delicadas flores sobre el verde—
Lleva a la mariposa sobre el mar lejos, muy lejos,
hacia la segura tumba en fríos torrentes.

[1859]

Querida amiga, la noche ha llegado

Querida amiga, la noche ha llegado.
Los Montes Albanos descansan bajo la luna;
así el Foro, el Coliseo y San Pedro,
como la vieja Roma y la de los enanos.

¡Cómo agradezco al destino que a mí un fantasma,
y no un ser real, me estreche! Pues si a ti,
dulce mujer, te hubiese alcanzado,
no hubiese sanado de los impulsos terrestres.

Así pues, ¡que mi muerte tache de la vida
el ser de mi alma para siempre!
Pues quien no rejuvenece el alma,
el ser entero en la muerte pierde.

De esta alegre y sola certeza,
llena está el alma, abierta y benevolente;
y me es igual fundirme con la nada,
que desposarme con la paz divina.

Las brasas de la chimenea se extinguen.
El pulmón ha apurado el postrer aceite;
Y tu espíritu se disipa en la luz de la luna:
¡Méceme, pues, ven dulce muerte!

[1863]

Ósip Mandelshtam

Jose Manuel Prieto

En 1996 el historiador Jean Meyer, que entonces daba los toques finales a Rusia y sus imperios, me pidió tradujera un poema de Ósip Mandelshtam [Óсип Эми́льевич Мандельшта́м] (Varsovia, 1891- 1938). El poema que Jean Meyer quería incluir en su libro era "Epigrama contra Stalin", que empieza con el verso: "Vivimos sin sentir el país a nuestros pies".

Del poema no existía ninguna versión en castellano y la versión en francés que aparecía en el libro de Vitali Shentalinski, De los archivos literarios de la KGB, era tan pobre, comparada con el original ruso, que comencé a traducir una variante más satisfactoria. En mi traducción busqué captar el encanto del poema y a la vez conservar la gravedad de sus versos. Trabajé varios días en una versión que Jean Meyer terminó incluyendo. El poema le había costado la vida a Mandelstam y escribirlo había sido un acto de increíble valentía, de arrojo, o más bien de integridad artística.

Como ya dije, en Rusia se le conoce como "Epigrama contra Stalin", un nombre que algunos consideran desacertado porque supone una disminución de su importancia. Según algunos se trató de una maniobra de los amigos de Mandelshtam (entre otros, Boris Pasternak) para equipararlo a esas pequeñas piezas de ocasión que buscan satirizar, y que hallaron su máximo exponente en Marcial, el poeta latino del primer siglo después de Cristo. Descrito por un crítico como las dieciséis líneas de una sentencia de muerte, es quizá el más importante poema

político del siglo XX, escrito por uno de sus más grandes poetas y contra el que fue, bien podría afirmarse, el más cruel de sus tiranos.

En la Rusia soviética, era costumbre salir a la calle para tratar cualquier asunto. Cuando Sir Isaiah Berlin visitó a Anna Ajmátova en el Leningrado de la posguerra, la poeta le señaló el techo en indicación de que podrían estar escuchándolos. En Contra toda esperanza, las memorias de Nadiezhda Mandelshtam, viuda de Ósip, el poeta cuenta cómo, tras un viaje a provincia, encontró que en todo Moscú los teléfonos habían sido cubiertos con almohadas porque se había corrido la voz de que servían como terminales de escucha. Algo imposible, en realidad, para el desarrollo tecnológico de la época, pero otras memorias, Avec Staline dans le Kremlin, de Boris Bazhánov, ex secretario de Stalin que desertó en 1929 cuenta cómo, dentro del Kremlin, Stalin había hecho instalar una pequeña central personal que le permitía escuchar las conversaciones de los otros líderes comunistas. Una tarde Bazhánov, que no sospechaba de la existencia de aquella habitación, abrió la puerta equivocada y encontró a Stalin escuchando absorto, con los audífonos puestos, alguna conversación entre los líderes del partido, los contados que tenían el privilegio de vivir en el Kremlin. Esta visión precipita la fuga de Bazhánov por la frontera con Irán, en 1929, a pie.

En 1934, de visita en casa de Pasternak, Mandelshtam no puede evitar leer el epigrama, que acaba de escribir. La respuesta de Pasternak fue, literalmente: "Lo que me ha leído usted no tiene relación alguna ni con la literatura ni con la poesía. No es un hecho literario sino un acto suicida que no apruebo y del cual no quiero tomar parte. Usted no me ha leído nada y yo no escuché nada, y le pido que tampoco se lo lea a nadie más."

Las primeras personas que escucharon, aterrorizadas, el epigrama, pensaron que el arresto y fusilamiento de Mandelshtam era inminente. En lugar de ello, Stalin ordenó una medida leve de entre el arsenal punitivo soviético: "exilio administrativo" a la ciudad de Cherdin, a la que se le permitió viajar acompañado por su esposa. Luego, la medida sería suavizada todavía más cuando, en 1935, les permitieron trasladarse a Vorónezh, pequeña ciudad provincial en el sur de Rusia, de clima más templado. Stalin, siempre según Sarnov, le otorgó un plazo al poeta para que escribiera un poema dedicado a su persona. "Stalin sabía perfectamente que la opinión que de él tendrían las generaciones futuras dependería en alto grado de lo que sobre él escribieran los poetas."

Más aun tratándose de Mandelshtam, tan sagaz que había llegado a entender el tipo de personas, "caciques de cuello extrafino", que rodeaba al dictador y de qué manera él, Stalin, jugaba con ellos, los dominaba. Tanta penetración, tan sutil comprensión de la vida del líder, parece haber impresionado a Stalin. Esto quizás explique la insistencia con que, durante una célebre conversación telefónica, Stalin le pregunta a Pasternak si Mandelshtam podría ser considerado un "verdadero maestro". Su pregunta fue: "¿Pero es o no un maestro?"

Pasternak, un tanto más sutil, llegó a enviarle a Stalin, durante las exequias de su esposa Nadezhda Serguéievna Allilúyeva, un telegrama que fue publicado en la Gaceta Literaria y que algunos consideran que lo salvó de ir a dar al gulag: "Me uno al sentimiento de mis camaradas. La víspera profunda y tenazmente la pasé pensando en Stalin, como artista, por primera vez." Es decir, le hizo la velada promesa de que algún día usaría su talento para dejar una imagen "humana" o literaria del dictador...

Cuando estudiaba en la universidad técnica de Siberia, conversé con el hijo de Lev Kámenev, uno de los caudillos fusilados en 1936. Había vivido bajo un apellido falso, Glebov, y aún no había salido de su anonimato. No tenía el cuello fino al que hace alusión Mandelshtam y sí la nuca calva llena de pliegues de un profesor. De baja estatura y regordete, fumaba incesantemente. Brillante profesor de filosofía, hablé con él de la Estética de Aristóteles. A fines de los ochenta recuperó su apellido verdadero y llegué a verlo dando entrevistas en la televisión sobre su padre y sobre sí mismo, siempre cigarrillo en mano.

La URSS de los años treinta conoció el florecimiento y la expansión de un complicado sistema de patronazgo entre altos mandos del partido y la elite intelectual, como lo cuenta Sheila Fitzpatrick en su Everyday Stalinism, un libro de 1999. Era frecuente que los escritores y poetas asistieran a los "salones" de la nueva clase gobernante.

Escribirle a Stalin, acudir directamente a él para que dirimiera un asunto como aquel, de persecución política o encarcelamiento, se había convertido en costumbre entre los escritores soviéticos caídos en desgracia. En 1931 le había escrito Evgueni Zamyatin, autor de la célebre distopía Nosotros (1921), precursora del Brave New World de Aldous Huxley y de 1984 de George Orwell. Zamyatin le pidió permiso para emigrar, que le fue otorgado. Mijaíl Bulgákov le escribe con igual solicitud: que lo dejen irse al extranjero en compañía de su esposa, y, sin embargo, la petición le es negada.

Curiosamente, en el caso de Mandelshtam, es el propio Iósif Stalin quien decide llamar a Pasternak con la clara intención de interceder por el poeta, y hasta llega a echarle en cara a Pasternak que sus colegas no hayan hecho nada luego de su

arresto para salvarlo. Ocurre entonces la célebre conversación entre ambos en la que el dictador, por sobre todas las cosas, quiere saber la opinión de Pasternak y la de todo el gremio de escritores sobre la poesía de Mandelshtam. La conversación tiene lugar a las 2 de la mañana. Pasternak está en su dacha. Suena el timbre. Levanta el teléfono: Stalin: El caso de Mandelshtam está siendo analizado. Todo se arreglará. ¿Por qué no acudieron a las organizaciones de escritores o a mí? Si yo fuera poeta y mi amigo hubiera caído en desgracia, haría lo imposible (me subiría a las paredes) para ayudarle.

Pasternak: Las organizaciones de escritores no se ocupan de tales asuntos desde 1927, y si yo no hubiera hecho las diligencias, usted, es lo más probable, no se hubiera enterado.

Stalin: ¿Pero es o no un maestro? Pasternak: ¡No se trata de eso! Stalin: ¿De qué entonces? Pasternak: Me gustaría encontrarme con usted... Que habláramos.

Stalin: ¿Sobre qué? Pasternak: Sobre la vida y la muerte...

En este punto Stalin colgó bruscamente...

La Rusia de 1933 todavía no conoce, lógicamente, los Grandes Procesos de Moscú que se iniciarían a partir de 1936 y se celebrarán hasta 1939, con la mayoría de aquellos "caciques de cuello extrafino" en el banquillo de los acusados. Tampoco conoce el espectáculo de autoinculpación que ofrecerán los exlíderes bolcheviques, acusados de todos los crímenes imaginables. La descripción de Mandelshtam se adelanta con prodigiosa exactitud: más de uno lloró al escuchar la sentencia y de rodillas imploraron perdón a Stalin y al partido. Cuando hacen prisionero a Mandelstam, la noche del 13 de mayo de 1934, la NKVD todavía no cuenta con una versión definitiva del poema, o bien las distintas personas que lo han delatado lo recuerdan de manera diferente, en particular el último verso.

En 1929 Stalin cree llegado el momento de cinchar apretadamente el inmenso país, despojarlo del apéndice inútil del capitalismo. Yevgueni Alekséyevich Preobrazhenski, el célebre economista, teoriza sobre cómo usar la riqueza que el campesinado había acumulado en aquellos años de mayor libertad como plataforma para el despegue industrial del país. La colectivización forzada genera un rechazo generalizado, el campesinado se resiste fieramente, y Stalin lanza una campaña de terror que buscará romperle el espinazo a la Rusia campesina. Al menos seis millones de campesinos ucranianos mueren de hambre en aldeas acordonadas por el ejército mientras el país cumple sus compromisos de exportación de granos. Las ciudades se llenan de fugitivos que cuentan el horror. Para 1934 está claro que el país vive bajo la tiranía de un Estado policial, que, comparado con la Rusia de los zares, tan denostada por la generación anterior de intelectuales, puede ser vista como el más benigno y magnánimo de los regímenes.

Los decretos de ese emperador de pacotilla tienen, sin embargo, un efecto mortal. La banalización de la muerte, también.

Mandelshtam, un poeta de honda inspiración lírica, no había escrito poesía ensalzando la Revolución, a diferencia de otros que se dejaron llevar por el entusiasmo y saludaron con apasionamiento el advenimiento de Octubre. Alexander Blok fue uno de ellos y llegó a publicar su poema "Los doce", en que celebra el triunfo revolucionario con imágenes pletóricas de simbología evangélica. Vladímir Mayakovski, por su parte, creyó hallar en la Revolución la apoteosis de la estética futurista que había moldeado sus versos de "vocinglero jefe", como se llama a sí mismo en su elegía "A plena voz". No tardaría en darse cuenta de que en la Rusia de Stalin pronto quedaría

aquella sola voz tonante... Para el momento en que el destino lo pone en rumbo de colisión con Stalin, Mandelshtam ha publicado un número de libros, ninguno de tónica política, de tan alto valor poético que toda Rusia –o al menos ese uno por ciento de lectores de poesía del que hablaba Joseph Brodsky– lo tiene por un Maestro, con mayúscula.

Mandelshtam apunta a la singular simbiosis entre el mundo criminal y bolchevique, transmite al lector el impulso de venganza, de ajuste de cuentas, del mundo lumpen con que se alía, desde el mismo comienzo el bolchevismo. No hay memorialista del gulag que no mencione el uso de los comunes en los campos contra los del artículo 58, los "políticos", acusados de traición a la patria. Los comunes no compartían el pecado original de ser "enemigos de clase" y, por lo tanto, podían ser "reeducados", desempeñaban labores ligeras, de intendencia: cocineros, celadores, o en las casas de baño, en Siberia, donde el calor es de por sí un privilegio.

Delgado, de escasos 168 centímetros, con el rostro picado de viruelas y un brazo semiparalizado por la polio con el que sostenía siempre su pipa, Stalin sorprendía a las personas que tenían ocasión de verlo en persona y que esperaban encontrar al coloso que sugerían sus dobles de granito erigidos por toda la URSS. Para Mandelshtam, ese amplio pecho que se alegra es un pecho no humano, de hierro, dentro del cual, como en el interior de los toros de bronces minoicos, bramaban los millones de sus víctimas.

¿Era Iósif Dzhugashvili georgiano u oseta, de Osetia, la pequeña república del Cáucaso vecina de Georgia? Stalin era considerado oficialmente un georgiano, porque los osetas son tenidos por un pueblo de temperamento más violento, gente menos refinada. Curiosamente, estos dos últimos versos no

convencían del todo a Mandelshtam y es increíble que un hecho tan alejado de la política como la perfección de esta última línea ocupara su mente durante aquellas sesiones suicidas de lectura en voz alta. Se le recuerda diciendo: "Debo quitarlos, no me parecen buenos. Me suenan a Tsvétaieva." No le dio tiempo, sin embargo, y quedaron en la memoria de quienes lo escucharon. Muchos años después, ya en tiempos de la perestroika, cuando Vitali Shentalinski encontró la versión manuscrita de puño y letra del poeta en los archivos de la KGB, no halló divergencias con las versiones que se habían leído en samizdat por toda la URSS. El poema había quedado grabado fielmente en la memoria de quienes lo habían escuchado en el lejano 1934.

Vivimos sin sentir el país a nuestros pies,
nuestras palabras no se escuchan a diez pasos.
La más breve de las pláticas
pesa, quejosa, al montañés del Kremlin.
Sus dedos gruesos son gusanos grasientos
y sus palabras pesados martillos certeros.
Sus bigotes de cucaracha parecen reír
y deslumbra la caña de sus botas.

Entre una chusma de caciques de cuello blando
él juega con los favores a estas casi personas.
Uno silba, otro maúlla, aquel gime, el otro llora;
sólo él campea tonante y los tutea.
Como herraduras fragua decreto tras decreto:
a uno al bajo vientre, al otro en la frente,
al tercero en la ceja, al cuarto en el ojo.
Toda ejecución es para él un festejo
que alegra su amplio pecho de oseta.

Noviembre de 1933.

Ósip Mandelshtam

Si me apresaran nuestros enemigos

Sí me apresaran nuestros enemigos
y la gente dejara de hablarme;
sí me despojaran de todo:
del derecho a respirar y a abrir las puertas,
a afirmar que la vida continua
y que el pueblo, como un juez, juzga;
si se atrevieran a tratarme como a un animal
y me arrojaran la comida en el suelo,
no callaría, ni atenuaría el dolor,
sino que dibujaría lo que quisiera,
tañería la desnuda campana de los muros,
y tras despertar el rincón de las tinieblas enemigas,
anudaría diez cabellos en mi voz
y pasaría la mano, como un arado, por las tinieblas,
y en la profunda noche de guardia
se humedecerían los ojos de los labradores,
y apretado en una legión de ojos fraternos,
caería con el peso de toda la cosecha,
con la brevedad de los juramentos lejanos,
y echaría a volar la camada de los fogosos años,
y musitaría Lenin en medio de la tormenta,
y en la tierra, que huye de la putrefacción,
Stalin despertaría la razón y la vida.

[1937]

Verde Creta, vasta isla azul

Verde Creta, vasta isla azul de alfareros.
Tus dones se cuecen en el rumor de la tierra.
¿Oyes el ruidoso batir de aletas subterráneas?

Este mar apareció como caído del cielo
en la afortunada arcilla de la cocción.
Y la vasija del gélido poder
se hendió en el mar y en el ojo.

Devuélveme lo que es mío, isla azul,
voladora Creta, devuélveme mi trabajo
y con tus rebosantes pezones de diosa
amamanta la recién cocida vasija...

Existió y cantó, volviéndose azul,
mucho antes que la Odisea,
hasta que, como alimento y bebida,
lo llamaron «mío» y «mía».

Hazte fuerte, brilla,
estrella del cielo de bovinos ojos,
azar, pez volador, afirmativa agua.

[1937]

Quizás sea un signo de locura

Quizás sea un signo de locura,
quizás sea tu conciencia, enlace de la vida,
donde nos reconocen y lanzan a la existencia...

Así la discreta araña de luz
deshace las aristas de las vidrieras
de las catedrales del más allá
y de nuevo las junta en un único haz.

Gozosos fajos de líneas puras
gobernados por un silencioso rayo
se reúnen y un día se encontrarán
como huéspedes de altiva cabeza,
aquí solo, en la tierra y no en el cielo,
como en una casa llena de música,
pero no los asustemos, ni les hagamos daño:
sería bello vivir para verlo...

Perdonad lo que os digo
y leedlo en silencio, en silencio...

[1937

Fotos de Ósip Mandelshtam tomadas por la policía secreta de Stalin en 1938.

Versos del soldado desconocido

I
Que este aire sea testigo
de su corazón de largo alcance,
y en las trincheras, un omnívoro
y activo océano sin ventana es la materia...

¿De qué sirven estas estrellas delatoras?
Todo deben escrutar. ¿Para qué?
En la reprobación del juez y del testigo,
en un océano sin ventana, está la materia.

Recuerda la lluvia, rudo sembrador
—su anónimo maná—,
cómo bosques de crucecitas
señalaban al océano o cuña militar.

Habrá gente débil y fría que matará,
sentirá hambre y frío
y en una célebre tumba
descansará el soldado desconocido.

Enséñame, débil golondrina
que has desaprendido a volar,
cómo dominar esta tumba aérea
sin timón y sin alas.

Y de Lérmontov, Mijaíl,
te entregaré un severo informe
de cómo la bóveda enseña a la tumba
y una fosa de aire imanta.

II
Con temblorosos racimos de uva
nos amenazan estos mundos,
y de ciudades furtivas, dorados lapsus,
delaciones, bayas de hielo tóxico,
penden las elásticas tiendas
de campaña de las constelaciones,
los dorados sebos de las constelaciones...

III
Mezcla arábiga, picadillo,
luz pulverizada por la velocidad del rayo.
Con sus suelas oblicuas
permanece el rayo en mi retina.

Millones de muertos de remate
abrieron una senda en el vacío:
¡Buenas noches! Le desean
lo mejor las enterradas fortalezas.

Incorruptible cielo atrincherado,
cielo de multitud de muertes al por mayor,

por ti, lejos de ti, íntegro,
llevo mis labios a las tinieblas.

Por maltrechos cráteres, terraplenes,
desprendimientos, demoraba y abrumaba:
El sombrío, virulento y
humillado genio de las tumbas.

IV
Muere bien la infantería
y canta bien el coro nocturno
sobre la aplastada sonrisa de Sveijk,
sobre la lanza de pájaro de Don Quijote,
y sobre el metatarso de pájaro del caballero.
Y el inválido se hace amigo del hombre
—a ambos les aguarda el trabajo-
y en la valla del siglo,
con muletas de madera llama la familia.
¡Eh, la camaradería, el globo terrestre!

V
¿Para qué debe crecer el cráneo
por toda la frente —de sien a sien—?
¿Para que a sus queridas órbitas
puedan penetrar las tropas?
En vida crece el cráneo
por toda la frente —de sien a sien—,
se atormenta por la nitidez de sus suturas,
se aclara con la cúpula del entendimiento,
espumea con las ideas, se sueña.
Cáliz de cálices y patria de patrias,
recamada cofia de pespuntes de estrellas,
gorrito de la felicidad, padre de Shakespeare...

VI
Claridad del fresno,
sutileza del sicomoro,
apenas enrojecido regresa a casa,
como si de vahídos los dos cielos
con su pálido fuego cubriera.

Solo el exceso nos une.
Delante no hay un abismo,
sino un error en el cálculo.
Y luchar por el aire necesario
es la gloria a otro no reservada.

Y saturando mi conciencia
con una vida medio agitada,
¿Beberé acaso este brebaje no escogido?
¿Comeré mi propia cabeza bajo el fuego?

¿Para eso se preparó la tara
del hechizo en el espacio vacío?
¿Para qué las estrellas blancas
apenas enrojecidas regresaran a casa?
¿Escuchas,
madrastra del campamento estelar,
la noche que caerá ahora y luego?

VII
Vierten sangre las aortas,
y en las filas, un susurro resuena:
Yo nací en el noventa y cuatro,
yo nací en el noventa y dos...

y apretando en el puño el triturado
año de nacimiento, en tropel, con la manada,
cubierta la boca de sangre, susurro:
—Yo nací en la noche del dos al tres
de enero del noventa y uno,
año sin esperanza, y los siglos
me rodean con el fuego.

[1937-1938]

Corazón de largo alcance: alusión a la artillería de largo alcance, que hizo su aparición en la Primera Guerra Mundial. *El océano sin ventana es la materia*: alusión a las mónadas de Leibniz. *Cuña militar*: estrategia bélica inventada por los romanos. *El soldado desconocido*: según el testimonio de Nadezhda Mandelshtam, se trata del propio poeta. *Lérmontov*: alude al **Demonio**, poema extenso de Lérmontov. *Con temblorosos racimos de uva*: alusión al gas tóxico empleado en la Primera Guerra Mundial. *Los dorados sebos*: alusión al hambre, mediante el uso del «sebo» de las cartillas de racionamiento. *Svejk*: personaje principal de la novela de Jaroslav Hasek **Las aventuras del buen soldado Svejk**, ambientada en la Primera Guerra Mundial.

Aún no estás muerto, aún no estás solo

Aún no estás muerto, aún no estás solo.
Con tu amiga gozas de la grandeza de las llanuras,
de la niebla, del frío y de la nevada.

Vives sereno y confortado en la opulenta pobreza,
y en la poderosa miseria. Benditos los días y las noches,
e inocente, la dulce y sonora fatiga.

Infeliz aquel que, como su sombra,
teme el ladrido y maldice el viento.
Y miserable aquel que, medio muerto,
pide limosna a su propia sombra.

[1937]

Louis MacNeice

Harold Alvarado Tenorio

Louis MacNeice (Belfast, 1907-1963), a pesar de ser reconocido como miembro del Grupo Auden fue un poeta independiente. Su obra es apreciada por su estilo sosegado pero social y reflexivo. Nunca abiertamente político como algunos de sus contemporáneos, se opuso al totalitarismo, así como tuvo una aguda conciencia de sus orígenes. MacNeice recibió la Orden del Imperio Británico en 1958.

Fue el hijo menor de John Frederick y Elizabeth Margaret MacNeice, originarios del oeste de Irlanda. Su padre, clérigo anglicano, llegaría a ser obispo de la Iglesia de Irlanda, y su madre, Elizabeth, maestra de escuela.

Cuando tuvo seis años, su madre fue ingresada en una residencia de ancianos de Dublín debido a una grave depresión y no volvió a verle. Su hermano William, con síndrome de Down, había sido recluido en una institución en Escocia durante la enfermedad de su madre. Su padre se volvió a casar y su hermana, Elizabeth, fue internada en una escuela preparatoria en Sherborne, en Inglaterra, donde MacNeice recibió una educación clásica y literaria, que incluía la antigua memorización de poemas.

Luego se mudó al Marlborough College, donde acrecentó su interés por las literaturas antiguas y sus civilizaciones, en especial la mitología de Egipto y los países nórdicos. Hizo parte de la secreta *Society of Amici* y escribió poesía y ensayos para las revistas de la escuela. En 1925 obtuvo una maestría en el Merton College de Oxford.

Fue durante su primer año en Oxford cuando conoció a Stephen Spender y Cecil Day-Lewis que hacían parte del círculo de W.H. Auden. Se sumergió en el estudio del arte y la poesía, organizando lecturas de Shelley y Marlowe a la luz de las velas, o visitando París. Auden, que se convertiría en un amigo para toda la vida, conocía a muchos marxistas, que se habían convertido, incluso, al comunismo. Sin embargo, MacNeice, aunque simpatizante de izquierdas, se mostró escéptico ante las contradicciones de los "reformistas de salón". *Las cuerdas son falsas*, escrito en la época del Pacto Molotov-Ribbentrop, se refiere a su deseo de cambio social y su oposición al marxismo y al comunismo.

Allí conoció a Mary Ezra. Lo hizo saber a su padre, presumiendo que le perdonaría una detención policial que había tenido por sus ebriedades, pero John MacNeice, a la sazón archidiácono de Connor, se horrorizó al descubrir que su hijo pretendía desposar una judía. Se casaron en el Registro Civil de Oxford, sin que sus padres asistieran a la ceremonia. Obtuvo luego una licenciatura en *Literae Humaniores* y un puesto como profesor de Estudios Clásicos en la Universidad de Birmingham.

En septiembre de 1934 viajó a Dublín, donde conoció a William Butler Yeats y apareció *Poems*, la primera de sus colecciones para Faber & Faber, que seguiría siendo su editorial, consolidándole como uno de los nuevos poetas de la década. A finales del año Mary le abandonó para fugarse con un tal Charles Katzmann, que se alojaba con ellos. A principios de 1936 visitó España, poco después de la elección del gobierno del Frente Popular. Con Auden viajó a Islandia ese verano dando lugar a *Letters from Iceland* (1937). Dejo entonces Birmingham para enseñar griego en Bedford College for Women, de la Universidad de Londres.

Se mudó a un piso en Hampstead, e inició un lance con Nancy Coldstream, pintora y amiga de Auden. Nancy abandonaría también a MacNeice por uno de los hermanos de Stephen Spender, mientras el poeta visitaba Barcelona, antes de caer en manos de Franco. *Autumn Journal* (1939), el libro resultado de esa visita, se considera hoy su obra maestra pues registra sus sentimientos sobre la Guerra Civil Española y los momentos cuando Inglaterra iba a entrar en guerra con Alemania.

Durante la pascua de 1939 hizo una lectura de sus poemas junto con Auden y Christopher Isherwood en Nueva York a la que asistió John Berryman. MacNeice conoció a Eleanor Clark, y acordó pasar el siguiente año con ella. Faber & Faber publicó *Selected Poems* (1940) y a comienzos de 1941 empezó a trabajar para la BBC.

Su trabajo para la BBC consistía en escribir y producir programas de radio destinados a generar apoyo para Estados Unidos y Rusia. A principios de 1941 publicó *W. B. Yeats*, obra crítica en la que había estado trabajando desde la muerte del poeta en 1939. A finales de año inició una relación con Hedli Anderson y se casaron en 1942. En 1947, la BBC envió a MacNeice a reportar sobre la independencia y parcelación de la India. En 1950 se le nombró director del Instituto Británico en Atenas. Viajó a Egipto y Ghana. Ya para 1961 había sido abandonado de nuevo, tras numerosos romances y extensas libaciones. En agosto de 1963 fue a explorar las cuevas de Yorkshire, pero atrapado en una tormenta en los páramos, no se quitó la ropa mojada, la bronquitis evolucionó a neumonía, fue ingresado en un hospital de Londres, y falleció el 3 de septiembre a los 55 años.

Los poemas de MacNeice registran y lamentan los acontecimientos urbanos de entonces y el desmoronamiento de

los rancios cánones sociales. Publicados sucesivamente desde 1929, se preocuparon cada vez más por el pasado, la juventud malograda y la impresión de haber perdido su frescura como poeta.

En sus mejores momentos logró combinar lo trivial, con su argucia irónica, ofreciendo un retrato de la sociedad industrial del siglo XX. MacNeice describe los momentos, impacientes y mustios, del hombre de las metrópolis tratando de alcanzar alguna satisfacción vital, matizada por la lentitud y los tonos grises de la existencia. Los ritmos de sus frases se aproximan al discurso; la rima es banal, logrando un efecto mordaz y cómico, usando del galimatías para expresar la cansada y barata vida en una sociedad baldía.

Uno de sus mejores poemas es *Sunday Morning* donde, de los pasados descansos dominicales, pasamos a esta sustitución vana y vulgar hecha de diversiones superficiales plenas de tonterías, la vida como huida del aburrimiento y el sin sentido, destruyendo toda esperanza o sueños.

En conjunto, su obra sigue siendo una importante exploración de la condición humana en un mundo en rápida transformación, que refleja tanto un agudo estilo de observación como un conmovedor sentimiento de pérdida.

La primera influencia de MacNeice fue Edith Sitwell, y después, como Auden, C. D. Lewis y Spender, la poesía de guerra de Siegfried Sassoon y Wilfred Owen. El caos político y moral de la guerra y de las décadas posteriores, los manifiestos de Thomas Ernest Hulme, Pound y Eliot a favor de una poesía más «dura» y «clásica», las metrópolis bulliciosas y mugrientas, todo ello estaba al fondo del prototipo de poesía que MacNeice y sus amigos escribían. Parecía como si todo el mundo se hubiera alejado definitivamente del pasado y el

esteticismo de la década de 1890; de la poesía pastoral de los georgianos y de la tradición keatsnesiana y tennysonniana, pues no parecía un lenguaje que expresara el «mundo nuevo» del terror mudo, del cataclismo y los conventillos. En su lugar, el «nuevo» verso, cercano al habla coloquial, utilizaba los clichés de la dependienta, las banalidades de la canción popular, las cadencias del jazz y el salón de baile. En un mundo así, como en su poema sobre el Museo Británico, todo parecía una anomalía donde se descubrían apenas pobres eruditos, maniáticos y paletos. El mundo del ayer, que Stefan Zweig recordó con mano maestra.

El sol de la mañana

Lanzaderas de trenes que van al norte,
que van al sur, diseñando secuencias de azul,
el brillo como centellas de las líneas del tranvía,
miles de carteles legitimando el fuero de lo bueno,
lo bello, lo verdadero, multitudes de gentes
todas en vocativo, tú y tú, la bruma
de la mañana disparada con palabras.

El sol amarillo despunta blanco
en las húmedas y radiantes calles.
La estampa palidece a la luz del sol,
un sol damasquinado que raya la niebla púrpura,
todo reticulado y mimado con un sol solitario
ahuecado en los portones de las tiendas
rebotando en el tráfico que nunca se detiene.

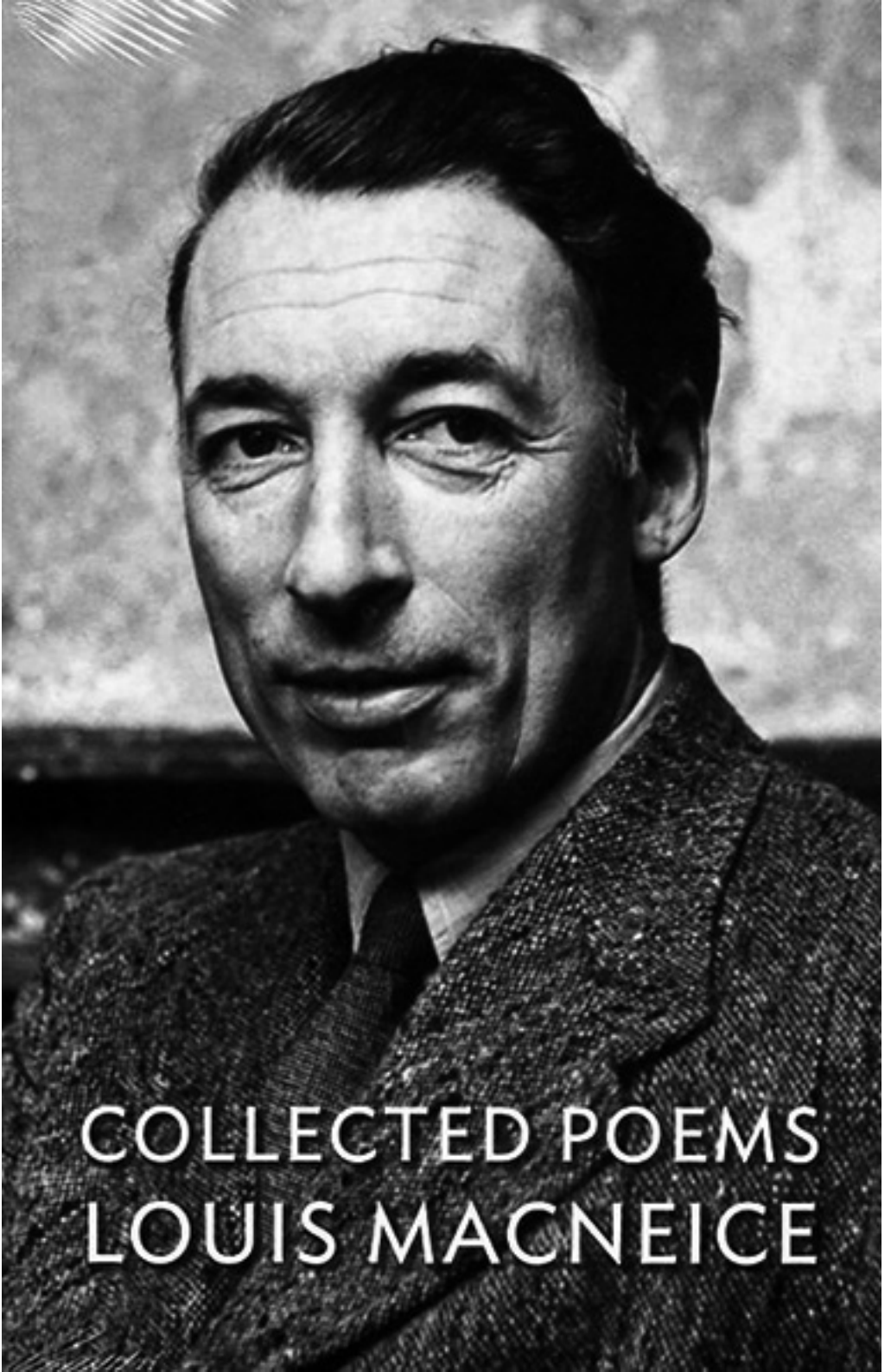
Y una fuente en la calle bufa a través de la plaza,
el arco iris desgarra el aire y la luz solar relumbra
Una roja carnecería y trozos de pez sobre el mármol,
el pentagrama silva una música
que cruza vapores de plata
y las bocinas de los coches gritan y golpean,
réplicas de estoques, jaulas en movimiento,
del brillo al sonido, laberinto de los días.

Cuando el sol se apaga, las calles se enfrían,
la carne colgada y pescado en los mármoles
están sin color y apenas muertos,
las voces de los coches se repiten neuróticas
y los pies de las mujeres que aprietan el paso
tienen muertos los rostros.

Veo el aire sin involucrarme,
el polvo gris que exhala como ceniza la fuente
va creando un humo de cigarro que tapa la púrpura.

Casa sobre un acantilado

Dentro el olor de la lámpara de aceite.
Fuera la ola sobre los restos del mar.
Adentro el eco del céfiro.
Afuera el viento.
Dentro el corazón contenido y la llave perdida.
Fuera el frío, el vacío, el silbido.
Adentro el hombre que descubre
que su sangre se enfría
mientras el reloj va más rápido.
Afuera la luna en silencio.
Dentro la maldición vuelta bendición.
Fuera el tazón del cielo, la vacía hondura.
Adentro un hombre que habla consigo,
de ambiguas decisiones, en un sueño roto.


COLLECTED POEMS
LOUIS MACNEICE

A un comunista

Tus pensamientos se parecen a la nieve;
en una noche le crecen los pechos,
su armonía absorbe mezquindades,
partículas de piedra y hierbas.

Pero antes de cantar victoria,
querida, consulta el barómetro:
esta prudencia es perfecta,
pero se mantiene
sólo por un día.

Lobos

Ya no quiero ser meditabundo
Envidiar y despreciar a los entes instintivos
Hallar emoción en los perros
y en la letra muerta
y en las jovencitas que se peinan
y en todos los castillos de arena
lavados a la hora de dormir de los niños,
al nivel de la orilla.

La marea sube y vuelve a bajar,
no quiero estar resaltando su flujo
o su permanencia,
no quiero ser un coro
trágico o filosófico
sino mantener mi mirada
sólo en el futuro más cercano
y después de eso dejar que el mar
fluya sobre nosotros.

Venid entonces todos, acercaos,
formad un círculo, unid las manos
y creed que unidas mantendrán
alejados a los lobos de agua
que aúllan a lo largo de nuestra costa.

Y se asuma que nadie los oye
entre charla y risa.

Conversación

La gente común y corriente es original:
mira los ojos del vago que huyen
mientras habla contigo a alguna negra parte
del bosque de su cerebro persiguiendo realidades
o pescando entre las sombras de un reservorio.

Otras veces viene por otros caminos
fuera de sus ojos y adentro de los tuyos
barajando el ayer o la noche
del mañana un bosque donde atesorar
el monedero perdido, el hilo que se ha roto.

La ociosidad, ya se sabe, está condenada:
el hombre normal regresa a la costumbre
te mira de frente como si dijera
no volverá a pasar, creando un parapeto
de sentido común que rechaza intimidades
pero que por error deja caer en sus chácharas
enormes tacos como si fueran rosas.

La poesía moderna en China

Sun Xintang

La pasión de los chinos por la poesía se ha mantenido desde los tiempos antiguos. Confucio dijo: "Sin estudiar poesía, uno no sabe hablar". La poesía en China ha jugado un papel muy importante en su historia literaria. Se trata del género más vigoroso y representativo de las letras chinas, con un mar de producciones poéticas que se han transmitido de generación en generación hasta nuestras días.

Sin embargo, en el siglo XX la poesía vivió una transformación que creó un camino diferente. La "nueva poesía china" surgió cuando el filósofo Hu Shi publicó en 1917 sus primeros poemas en chino vernáculo en la revista La nueva juventud, en oposición al chino clásico con estricta rima y tono. De esta manera, la poesía cobró un nuevo vigor y en 1921 salió a la luz el primer libro de "nueva poesía" titulado *Las Diosas*, de Guo Moruo.

La modernización de la poesía china se encontró en sus primeras dos décadas con continuas discusiones en cuanto a las formas y el contenido, la occidentalización y la identidad, el compromiso social y el arte por el arte, la modernidad y la tradición. En un poema de Bian Zhilin, titulado Fragmento, podemos hallar la asociación de todo ello:

Parado sobre el puente miras el paisaje,
alguien desde un edificio te ve,
la luna clara adorna tu ventana,
tú embelleces el sueño de aquel.

Guo Moruo

En la década de 1950, la "nueva poesía" registró una separación geográfica: en la China continental se vivió una creciente politización en la creación poética, mientras que los poetas de Taiwan pudieron mantener una mayor continuidad y una mejor calidad en las nuevas tradiciones poéticas, en autores como Ji Xuan, Yu Guangzhong, Xuan Ya, Luo Fu, Zheng Chouyu, Bai Di, Yang Mu, Zhou Mengdie, Shang Qin, Luo Zhicheng y muchos más.

De la ideología política a la liberación

En el continente, debido a la ideología de que "el arte y la literatura deben servir a la política", en las primeras tres décadas la producción poética se caracterizó por una marcada reducción de la libertad creativa, y lo que salió a la luz entonces se denominó "lírica política", una corriente principal hasta finales de los años setenta. Los poetas más representativos son Guo Xiaochuan y He Jingzhi. Sin embargo, no pocos poetas modernos bien reconocidos de las décadas anteriores, como Feng Zhi, Hu Feng, He Qifang, Guo Moruo o Shao Yanxiang, se unieron al nuevo sistema político y a los ideales que se iban propagando por el país entero. Muy pocos poetas, como Cai Qijiao, Zeng Zhuo y Chang Yao, pudieron seguir los valores de la poesía moderna china en sus producciones.

Más tarde, durante la Revolución Cultural (1966-1976), el extremismo político y cultural se extendió por el país, se intensificó la imposición ideológica y la pérdida de autonomía del terreno literario. Pero algunos poetas "marginados" y descontentos llegaron a manifestar su discrepancia y componían clandestinamente sus obras. Entre ellos destacan Mu Dan, Zeng Zhuo, Shi Zhi, Huang Xiang o Ya Mo. Se trataba

Bei Dao

de expresiones poéticas de rechazo y denuncia de los abusos que se cometían contra la condición humana, de condena y reclamo por las humillaciones que sufrieron los intelectuales en esa época de caos político y social, de destrucción cultural y decadencia espiritual.

Desde el fin de la Revolución Cultural, un grupo de poetas, que se habían callado, empezaron a hacer sentir su voz. Se les denominó "los poetas del regreso", como Ai Qing, Niu Han, Lü Yuan, Gong Liu, Shao Yanxiang, Liu Shahe, Bao Hua. Estos literatos recuperaron la libertad para volver al terrero literario perdido con grandes producciones, que devolvieron en poco tiempo la importancia y el prestigio a la poesía china.

En 1978 Bei Dao creó en Beijing la revista *Jintian* ("Hoy"), considerada por muchos críticos como el verdadero inicio de la poesía contemporánea china. En torno de la revista, poetas como Shu Ting, Gu Cheng, Liang Xiaobin, Jiang He, Yang Lian, Mang Ke, Duo Duo, Zhai Yongming , capaces de expresar las ansias y los sueños de una nueva generación, fueron en búsqueda de un mundo ideal y agitaron su voz con nuevas formas de expresión, a menudo herméticas y ambiguas, por lo que recibieron la denominación de "poetas oscuros". Fue una protesta produjo conmoción en la fisonomía de la poesía china, y unas voces potentes, con un cuño trascendental que aún se siente. La frase "Yo-no-creo", expuesta en el poema Respuesta, de Bei Dao, se hizo el lema de la época y del movimiento democrático de los estudiantes de la Plaza de Tiananmén. Un poema de Gu Cheng, titulado Una generación, ha sido uno de los más citados hasta nuestros días:

La noche oscura me dio unos ojos negros,
pero yo buscaré con ellos la luz.

Yu Jian

La "tercera generación"

En 1984 surgió una dinámica corriente poética que cobró el nombre de "poetas de la tercera generación" o "la generación de los recién nacidos", que llegó a su apogeo en 1986 con la Gran Exhibición Poética, un evento multitudinario que incluyó colectivos de todo el país y un carnaval de poesía que ejerció una vasta influencia en la poesía contemporánea china. Entre los poetas más destacados podemos mencionar a Yu Jian, Han Dong, Zhai Yongming, Yang Li, Ouyang Jianghe, Zhou Lunyou, Wang Jiaxin, Xi Chuan, Ge Mai, Luo Yihe, Li Yawei, Deng Xiang, Lü De'an, Hei Dachun, Meng Lang, etc. De esta "tercera generación", un poeta emblemático es Hai Zi, un genio de la poesía y el poeta chino más citado a lo largo de un siglo, el cual generó un culto popular de idealismo, libertad y rebeldía. Su devenir desencadenado, sinceridad, simplismo y estilo trascendieron a la época y sirvieron de ejemplo para toda una generación de chinos, sean poetas o no.

En la década de 1990, la poesía vivió años de desánimo y posteriormente nacieron tendencias poéticas como "la escritura personal", "la escritura intelectual", entre otras.

Con el inicio del siglo XXI, la poesía mostró una nueva bonanza, con marcada pluralidad lingüística. La corriente más influyente fue la "poesía coloquial", que exploró una mayor libertad en la expresión y el lenguaje. Los poetas más conocidos son Yan Li, Yi Sha, Zhong Dao, Xu Jiang, Hou Ma, Tang Xin, Zhao Lihua, Wu Ang, Zhu Jian, Yin Lichuan, Ma Fei, entre otros. Un poema referente es el titulado Cuando el tren pasó sobre el río Amarillo, del poeta Yi Sha:

Yin Lichuan

Cuando el tren pasó sobre el río Amarillo
yo estaba orinando en el baño
Sé que no debía hacerlo así
sino sentarme ante la ventana
o ponerme a la puerta del vagón
con la mano izquierda en jarras
y la derecha sobre las cejas
divisando las lejanías
o al menos como un poeta
reflexionando sobre el río
o los momentos de la historia.
Todos los demás contemplaban el río
y solo yo estaba en el cuarto de baño.
Por mucho tiempo
este tiempo era mío.
Había esperado día y noche
un chorro de orina,
pero el río Amarillo
estaba ya lejos.

1958

[Versión de Sun Xintang]

Otro gran fenómeno de la poesía china en el nuevo siglo ha sido la producción poética en Internet. Desde 1995, año en que el poeta Shi Yang creó la primera revista en línea *Ganlanshu* ("Olivo"), han aparecido centenares de portales y revistas digitales de poesía. Muchos poetas recurren a la red (o a las redes sociales), un espacio más libre, más abierto y democrático, para darse a conocer a un público más amplio

con mayor facilidad. De Internet han nacido un gran número de poetas muy activos que no dejan de interactuar con otros poetas y lectores. Gracias a Internet, la poesía china está cobrando mayor libertad, independencia y diversidad, mientras que los poetas chinos se sienten con certeza partícipes de un mundo poético sin fronteras.

La nueva poesía china cumple cien años. Aún está en plena adolescencia en comparación con la milenaria tradición clásica. Pero bien merece una celebración por sus éxitos y resonancia en el mundo, como en este fragmento de *Contemplando las estrellas del firmamento en Haergai,* de Xi Chuan:

En Haergai, las estrellas no titilan,
son agujas que cosen el manto de mi silencio.
Pregunto: ¿cuánta luz es memoria?
La noche no responde,
solo me devuelve mi propio hálito.

Ai Qing

Daniele Piccini

La vida del poeta Ai Qing [艾青], [Fantianjiang, (贩田蒋), 1910-1996] fue narrada por su hijo, el famoso artista Ai Weiwei, quien en la primera parte del libro *1000 años de alegrías y penas* [2023] nos permite entrar en confianza con este hombre que «no esperaba gran cosa de la vida, aparte de tener tiempo para leer y escribir».

La historia de Ai Qing, profundamente entrelazada con la de la China del siglo XX, es una especie de epopeya. Nacido en el seno de una familia de terratenientes, el futuro poeta estuvo sin embargo al cuidado de una enfermera pobre del pueblo. Quizá sea de donde deriva esta antigua experiencia. El amor de Ai Qing por la gente sencilla, por el trabajo de los obreros, por el trabajo en el campo. Es un mundo que el poeta llegó a conocer a fondo y al que siempre permaneció unido. Para él, China es ese paisaje rural sin límites, animado por el trabajo de los campos.

Quizás Ai Qing fue para China lo que Sergej Esenin para Rusia, un poeta al que leyó y apreció cuando se trasladó a París y lo descubrió en traducción francesa. Incluso la batalla del poeta chino, como la rusa de Esenin, es un asidero de valores y rituales, un germen de vida. Algo de épico, de solemne, de sagrado se agita en las profundidades del canto de Ai Qing, incluso cuando se inclina «bajo el áspero puño del siglo». Basta pensar en la repetida celebración del amanecer y en sus significados vivificantes: tomemos, por ejemplo, el famoso

Ai Qing con su hijo Ai Weiwei

Hacia el sol, escrito en 1938, en el periodo más fervoroso de su historia poética. En este largo poema, dividido en fragmentos, el poeta recuerda su encuentro con la cultura occidental, en París, durante tres años, cuando tenía poco más de 18 años. Entre otras cosas, dice:

Whitman
al sol encontró la iluminación
para escribir versos tan vastos como el océano
con un aliento tan vasto como el océano

Van Gogh
al sol encontró la iluminación
para pintar girasoles
y campesinos aporcando la tierra
con pinceles ardientes
bañados en colores ardientes.

Tras su estancia francesa, regresó a China y vivió como en lucha con su propio tiempo. Participó en la guerra civil de los comunistas contra los nacionalistas y la guerra de liberación contra Japón, sin encontrar consuelo ni reconocimiento en la cultura oficial. Tras ser encarcelado tres años a partir de 1932 a instancias de los nacionalistas, experimentó la crueldad del maoísmo, él, que había estado con Mao Zedong en Yenán, y fue desterrado en lugares remotos desde 1957 hasta finales de los 70, antes de su rehabilitación en 1979, largos años de silencio poético.

Muchas interrupciones y fracturas marcaron su experiencia y la de su generación: en 1911 el fin del Imperio, luego, el abandono en poesía de la lengua clásica en favor de la familiar,

una de las sacudidas lingüísticas que ha experimentado China desde entonces. Por último, las guerras que asolaron China y finalmente el nacimiento de la República Popular (1949), que pronto degeneró en autoritarismo y control de las conciencias.

La poesía de Ai Qing pasó por estas tensiones y muestra los signos y las quemaduras. Originalmente poeta de la realidad natural tuvo que reconciliarse con las pulsiones colectivistas y las pretensiones por crear un Estado socialista. La antorcha (1940), pregona la idea de que el individuo deber pasar a un segundo plano y ser parte de una sociedad igualizante, esa que todavía proclama Xi Jinping. El texto se desarrolla a través de diálogos, casi teatrales:

Tang Ni, no deberías estar hambriento de felicidad
en un momento cuando todo el mundo sufre
la felicidad individual es una desgracia, Tang Ni.

Ai Qing, incluso antes de los años de suplicio y el exilio maoístas, tuvo que soportar años de desprecio por la poesía no politica y luchó en secreto contra ella. En un poema de 1937, *Sonrisa*, señala:

¿Podemos tal vez
escapar al destino de estar sujetos
en la cruz de nuestro tiempo?
Y al castigo infligido por esta cruz
que de ninguna manera palidece
ante el dolor del Nazareno.

Hay, pues, en la aceptación de la imparable rueda del siglo una disposición al martirio. Citemos de nuevo de *Sonrisa*:

No tengo fe en los arqueólogos.
Cuando, dentro de miles de años,
en costas sin rastro de hombre,
en ruinas de antaño magníficas,
encuentren un hueso seco, mi hueso,
¿cómo sabrán que ese hueso
cruzó las llamas ardientes del siglo XX?
¿Y cómo podrán, entre sus sedimentos,
encontrar las lágrimas del mártir
vejado por infinitos tormentos?

Ai Qing se erige en signo de la dolorosa odisea de una poesía que quería y no podía estar en armonía con su propio tiempo, internamente dividida y, sin embargo, capaz de resistir.

Ai Qing

Las ruinas de Jiaohe del reino de Cheshi

Se diría que una caravana cruza la urbe
que a la algarabía de los mortales
se suma el tintinear de los camellos,
que un bazar anima sus calles como antes
y las carretas circulan y los caballos parecen dragones.

Pero no.
El fastuoso palacio es más que una ruina,
mil años de alegrías y penas
de los que no queda huella.

Vosotros que aún vivís disfrutad de la vida
sin esperar que la Tierra algún día os recuerde.

[H. Rosenkranz y G. Lee]

Mendigos

En el norte los mendigos vagan
por las orillas del Río Amarillo,
deambulan por la vía férrea.
En el norte gritan sus miserias,
dicen que regresan del desastre,
de los campos de exterminio.
El hambre es atroz:
los viejos renuncian a la bondad,
los jóvenes aprenden el odio.
Los indigentes hunden en ti sus ojos.
Te observan mientras comes
o cuando escarbas en tus dientes.
En el norte esas manos extendidas
exigen compasión – una moneda de cobre,
incluso de aquellos soldados
que nada tienen.

[H. Rosenkranz y G. Lee]

Muralla

Una muralla es como un cuchillo
escinde en dos la ciudad
una mitad en el este
y otra en el oeste.

¿De qué altura?
¿Qué grosor tiene?
¿Qué longitud? . . .
Incluso si fuera más alta,
más gruesa y larga
no sería ni mucho menos
tan alta, tan gruesa ni larga
como la Gran Muralla de China.

Una muralla sólo es un vestigio
de historia que nadie recuerda.

Tres metros de altura es nada
cincuenta centímetros de ancho tampoco
cuarenta y cinco kilómetros de largo, una minucia;
incluso si fuera mil veces
más alta, más ancha y más larga,
¿podría bloquear
las nubes, el viento, la lluvia o el crepúsculo?
o

¿cómo podría obstruir
las corrientes del agua y el aire?
y
¿Cómo cubrir
millones de paisanos?
¿Quién es más libre que el viento?
¿Quién está más cubierto que el firmamento?
¿Quién espera ser más infinito que el tiempo?

Bonn, 22 de mayo de 1979

[H. Rosenkranz y G. Lee]

Sobre un promontorio de Chile

(A Pablo Neruda)

Que la diosa de los mares
guarde tu hogar

Enfrentando el vasto océano
mira los cielos
las manos sobre el pecho
ruega por un viaje feliz

1
Amas la mar, también yo
por siempre navegaremos los mares

Un día una nave se hundió
recogiste un salvavidas
como se recoge la esperanza
El viento y las olas te traen a la playa
Eres un soldado defendiendo litorales
custodiando arrecifes

El ancla echada
sueltas las guindalezas
recuerdas los caminos surcados
cada día que escudriñas el océano

2
La casa de Pablo
está en lo alto de un promontorio
Fuera de su ventana
la vasta inmensidad del Océano Pacífico

Extraña casa
enteramente construida de piedra
como la pequeña celda de encierro
de un guerrero
Entrando
a la casa del marino
moluscos esparcidos en el suelo
traídos quizás ayer por la marea

Una diosa esculpida en madera
consumida ya
como una criada devota
aguarda en la puerta de la sala

La galería es una cubierta
con el pasamanos de náuticas cuerdas
junto a la escala de cámara
y un timón de navío

Estas son tus posesiones:
la copia de un viejo velero
un gran globo del mundo
una gran ancla de hierro marrón
un gran compás chino ancestral
toda clase de pipas
y toda clase de aceros

Un bastón dado por un paisano italiano
se encuentra en la entrada
compañía de un genio
que ha recorrido el mundo

Una pareja de jóvenes amantes esculpida
en la amarillenta palidez del marfil
vestidos con traje de bayeta
con expresiones cohibidas y asombradas
como todas las historias de amor
viejas, pero a la vez nuevas

Una oxidada pistola
un barco de guerra anclado para siempre
por favor, llenen las copas con vino
y brindemos por la paz

3
La casa en la tierra
y la tierra en la casa

En la muralla cuelga
un blanco quepís y una negra visera
como si el patrón de la casa
acabase esta mañana de volver

Le pregunté a Pablo:
"¿Eres un marinero
o un almirante eres?"
Él dijo: "Un almirante
tal como tú

pero mi nave
está ya perdida
zozobrada."

4
¿Eres el patrón de la nave?
¿O eres un tripulante?
¿Eres un almirante de flotilla?
¿O sólo un marinero corriente?
¿Regresas victorioso a tus lares?
¿O vienes derrotado y huido?
¿Retornas a reposar salvo?
¿O te estrellaste con peligro?
¿Has perdido la ruta?
¿O varaste en el mar?

No, nada de eso
el patrón de la casa es el amigo
de Lorca (de un tiro asesinado)
testigo de los dolores de España
diplomático retirado
no un almirante.

Día tras día, noche tras noche,
oteando la mar
escuchando suspirara a las olas
reír sardónicamente
provocar seductoramente

Pablo Neruda enfrenta diez mil acres de olas
con el lenguaje de las minas
declarando la guerra al viejo mundo

Sobre la puerta de la sala
cuelga el salvavidas
afuera la nave está en la playa
dices: “Si zozobra la nave
me arrojo al océano
para enderezarla”

Un cuadrado farol callejero
cuelga sobre la segunda puerta
cada noche así vives
en las calles

Las llamas rugen en la chimenea
esta noche el mar está ruidoso
alrededor del brillante fuego

De todos los rincones de la tierra
vienen docenas de compañeros
bebiendo vino y narrando
viejas historias de sus travesías

Venimos de muchos países
abrazamos muchas naciones
hablamos muchas lenguas
pero somos los mejores hermanos

Algunos se levantan
y con ayuda de una lupa
escudriñan en el mapa
lugares que nunca conocieron

5
Parece muy grande
nuestro mundo
en realidad, es muy pequeño

En este mundo
hay que vivir hasta saciarse

Si mañana el cielo está claro
tomaré el telescopio
y miraré al occidente:
en ese rincón del Pacífico
yace este promontorio
y mi hogar también

Ha llegado la noche
¡Cómo son de encantadoras
las noches al comienzo de la primavera!

6
Sobre la mesa de caoba
está el silbato del capitán
Si antes que rompa el alba retumba
treparíamos rápido al mástil
izaríamos las velas y comenzaría nuestro viaje
haciéndonos a la vela hacia la rada de otro siglo

[1956]

[H. Rosenkranz y G. Lee]

La poesía de Attilio Bertolucci

Pier Paolo Pasolini

Tres o cuatro veces habré llorado leyendo en la poesía de Attilio Bertolucci.

Por qué lloré, me pregunto ahora, después de algunos días: he intentado establecer, reconocer los pasos de lo que me sucedió, pero sin resultados: cualquier página pudo haberlo ocasionado. He tratado de concentrarme y recordar: han venido a mi memoria horas y momentos de una vida vivida en Italia, aquí y allá a lo largo de la cadena del Apenino, a la mañana, a la siesta, a la tarde; en cualquier estación, indiferentemente. No se trataba, en cada caso, de situaciones «conmovedoras»; y no se trataba de las queridas personas de las cuales el autor habla, o al menos no de ellas de modo particular. Quizás se trataba de él, del autor, en cuanto persona: pero sería extraño, porque él ha hecho de todo para no exponerse a la compasión, aun a ésa que no hiere: la de un pequeño, breve y ridículo llanto cumplido en soledad.

Attilio Bertolucci nunca trata de eludir su obsesión. Sin embargo, ha cumplido de una vez por todas un acto inaugural de atenuación, de tranquila corrección, de «manera». Así, él puede obedecer a su obsesión y escribir siempre los mismos versos, que tanto le gustan y consuelan. Al mismo tiempo, él puede velar esa obsesión y, justamente bromeando con ese velo, puede escribir versos siempre infaliblemente nuevos con respecto a sí mismos.

La obsesión es la obsesión de perder, de una vez para siempre, la capacidad de velar la obsesión, vale decir: de gozar en paz de la vida. La ficción católica no logra enmascarar la «filosofía de la nada», y la consiguiente locura, llamémosla hedonística, de gozar la vida. Es muy simple: Bertolucci no cree en nada para poder ser feliz del todo: de un todo, sin embargo, dividido en sus fenómenos y en sus apariciones —y cuanto más particulares, parciales, circunscriptas, lábiles, o irrisorias sean las cosas de todos los días, mejor es. El loco epicúreo no pretende gozar el cosmos, sino más bien una reposera o la sombra de los castaños. Pero este pobre epicúreo que sonríe —allí sobre la reposera o bajo la sombra de los castaños— miente piadosamente: la otra cara del epicureísmo es la conciencia deshecha por una pérdida que es peor aún que la muerte, porque la precede, como si después del entierro hubiese otro entierro.

Por lo tanto: el catolicismo es elegido por una opción que forma parte del sistema de opciones «inaugurales» aptas para mitigar o corregir la obsesión; es necesario ser o decirse cristianos y creyentes, porque si no es peor. Por otro lado el cristianismo es, desde hace siglos, en el mundo campesino y en la burguesía agrícola, un aspecto del poder. Es necesario llevarse bien con él. La elección a favor del poder (la conservación, naturalmente iluminada) está comprendida por definición en el sistema de las opciones inaugurales -hechas quizá sobre el cuerpo de la madre, en la circunstancia fúnebre de los primeros años de vida, de los cuales Bertolucci no ha hablado jamás, pero de los cuales ha descrito todas las horas y estaciones posibles.

Todas estas elecciones -la Iglesia, las instituciones, la vieja burguesía, la gran cultura del siglo XIX (y, en fin, también

la tecnología: como ciertos modernísimos tractores pintados prepotentemente de amarillo) son por cierto sinceras, porque han sido hechas en pobreza de espíritu, y también por una invencible piedad hacia sí mismo -piedad corruptora que, sin embargo, no se puede no perdonar- y no obstante, justamente porque son «elecciones», son también inevitablemente insinceras: si Attilio Bertolucci fuese sincero del todo, entonces debería admitir su terror frente a la Iglesia, su terror frente a la sociedad burguesa, su terror frente a sus clásicos... Tal terror no está resuelto por ninguna de estas cosas, en la vida. Lo está en la poesía. En esos versos en los cuales el poeta juega con velos con los que, maniobrando hábilmente, pacientemente, ha logrado envolver realidad y conciencia sin tornarlas del todo invisibles.

En el sistema de las elecciones eufemísticas, iniciales, también está la voluntad de no desagradar nunca, en modo alguno, al lector; más bien, de cautivarlo, buscando complicidad allí donde él puede encontrarla, sin traicionar su honestidad y su integridad; nunca vilmente, nunca cediendo algo. Parece imposible, pero esta complicidad es realizable: esos monstruos de vulgaridad que pueden ser los lectores, también los lectores de poesía, ofrecen la posibilidad de ser alcanzados.

El exorcismo es entonces tanto interno (la muerte, más la muerte de la muerte) como externo (una sociedad perdonada).

Todo podría pues marchar de maravilla: si la inspiración en Bertolucci no es otra cosa que terror, este terror está velado a sus propios ojos y a los ojos de los demás; establecido todo un inexpugnable sistema de seguridad, no queda nada más que el «hacer», que, si por una parte es, por feliz elección, artesano, no puede sino ser confiado, cada vez, al milagro, y por lo tanto a una tensión tan desesperada que de ella parece depender la existencia misma, también en su sentido práctico.

Attilio Bertolucci y Ninetta Giovanardi con Giuseppe y Bernardo

Attilio Bertolucci no escribe un poema que no esté todo él literariamente trabajado de punta a punta, en todas sus superficies posibles, pero al mismo tiempo, no por ello deja de ser absolutamente riesgosa su escritura, en cuanto es única, única cada vez. Solamente Dylan Thomas escribía poesía así -Attilio Bertolucci es el Dylan Thomas italiano-, por lo tanto, yo he llorado sobre sus páginas.

La relación directa, de terror, de Attilio Bertolucci es con el tiempo y con su transcurrir: sus exorcismos conciernen sobre todo a los cambios de hora o de estación: él debe hacer de cuenta, cada vez, que el aterrador cambio es consolatorio y que no prepara otra cosa que nuevos placeres: ¿no son más las tres de la tarde con su sol y su vacío? Y bien, llegarán las seis, con sus dulces, domésticas sombras -y así sucesivamente.

Y es justamente el tiempo el que, transformándose en una sucesión de versos, se toma su desquite. Es en el tiempo donde todas las maniobras iniciales poco a poco se tornan inoperantes, pierden sentido, se disipan: y ahí está Bertolucci solo con sus velos inmóviles. Y es ahí donde no se pueden contener las lágrimas: sobre su piedad por sí mismo ya inerte y muda.

Attilio Bertolucci [San Lazzaro, 1911-2000] fue miembro de una generación de poetas italianos como Giorgio Caproni, Vittorio Sereni o Mario Luzi. Nacido en Parma, se definió como el hijo de "una familia agraria de clase media" que trató de conciliar en sí el catolicismo de su padre con el paganismo de su madre. Dedicó gran parte de su poesía a su experiencia familiar y a expresar de manera punzante y fina el paso del tiempo. Publicó su primer libro, *Sirio*, a los 18 años. Cinco más tarde, apareció el segundo, *Fuegos en noviembre*, que incitó una alabanza de Montale. A este reconocimiento siguió un silencio de diecisiete años, hasta que en los cincuenta aparecieron *Cartas de casa* (1951), *La tienda india* (1951) y *En un tiempo incierto* (1955). Dieciséis años después, volvió a aparecer otro libro, *Viaje de invierno*, una de las cumbres de la poesía italiana del siglo XX, que hizo decir a Pietro Citati: *"Entre los poetas que escriben hoy en Italia, quizás nadie como él comprende el arte de interrumpir una melodía e invertir una construcción, y que el deber principal de un poeta es saber cuándo y cómo cohesionar o flexibilizar los ritmos"*. En 1984 y 1988, vieron la luz dos volúmenes de una novela en verso, *El dormitorio,* en la que había trabajado casi treinta años, historia de sus padres, su infancia y su amor por Ninetta, la madre de sus dos hijos cineastas, Giuseppe y Bernardo.

Apasionado por el cine desde los años treinta, traductor de *Las Flores del mal*, fue un hombre de vasta cultura, como lo demuestran sus dos volúmenes de prosas, el primero, *Arritmias*, y el segundo, aparecido días antes de su muerte, *Yo le robé dos versos a Baudelaire*. Fusión de poemas de juventud y composiciones tardías son sus dos breves libros *Hacia las fuentes de Cinghio*, de 1993, y *El lagarto de Casarola* (lugar cerca de Parma donde subsiste la casa familiar), de 1997.

Su correspondencia con Vittorio Sereni, *Una larga amistad* (1994), es una de las más sutiles de la literatura italiana.

En la línea de Wordsworth y de T. S. Eliot, la obra de Attilio Bertolucci se sitúa en un tiempo que escapa a la simple duración humana. Cultivó lo que Hopkins llamaba "intensificación del lenguaje común". Su conciencia de las incurables heridas del tiempo es un asunto recurrente en su obra, pero de un tiempo del que extrae, como ha señalado el crítico Paolo Lagazzi, *"todos los dones, colores y dulzuras posibles mientras la oscuridad y el invierno avanzan sin tregua".* Ya sea que celebre el mundo en versos que pudieran calificarse de "paganos" a pesar del cristianismo que reivindica, o que oscile al borde de los abismos del alma, Attilio Bertolucci creó una obra reconocible, amalgama perturbadora y refinada de angustia y serenidad, de belleza sonora y referencias visuales, de púdica languidez y vértigos controlados. En esa hesitación del corazón y en la sensualidad inquieta que la acompaña, reside la substancia más viva de su poesía.

[Jorge Iglesias]

Attilio Bertolucci

Autorretrato en Café Greco

No podían los años, divididos
cada uno en meses, los meses en días,
y los días en horas, en minutos,
cambiar más justamente un rostro, el mío

que se contempla en la luna oscura
de un antiguo café donde implacable
se abre paso la última moda,
de la que estoy al margen por la pura

sonrisa de mi boca y el hechizo
tierno de observar la herida
de un amor victorioso sobre el tiempo
y la gordura, oh no, exigente narciso.

[Ricardo Herrera]

A su madre, que se llamaba María

Eres tú, solicitada cada tarde,
iluminada en las nubes
que sonrojan la llanura
y a los que pasan por ella,
niños frescos como hojas
y frescas mujeres en viaje
hacia la urbe en destellos
de un chaparrón que termina,
eres tú, madre siempre joven
en virtud de la muerte que te arrancó,
rosa a punto de perder los pétalos,
tú, origen de cada neurosis
y ansiedad que me atormenta,
y por eso te agradezco la edad ida,
la presente y futura.

[Jorge Iglesias]

Las hormigas

Las hormigas sobre el viejo tronco de la acacia
aprovechan el sol que calienta los días de octubre,
minuto a minuto, de arriba abajo por la áspera corteza.
Se esmeran las hormigas porque el invierno llega;
sí vuelvo los ojos hacia las luces de la gran avenida
veo pasar de arriba abajo hombres
y mujeres que se afanan.
Oh aliento unísono de seres vivos a mi lado
en esta llanura que se prepara a enfrentar la nieve,
ayúdame a soportar la extinción del día,
el fuego de la noche sobre nuestras diversas casas.

[Jorge Iglesias]

ATTILIO BERTOLUCCI

POEMAS

SIGNOS

El tiempo se consume

Entré en la mixta multitud
de la misa del mediodía,
buscándote,
porque estabas ahí desde el comienzo,
niño solícito, alma pura
hambrienta de Dios,
y con los ojos impacientes
inútilmente oteé en los bancos.
Pero desde una tela humilde venía
al encuentro de mis ansias el aprendiz
de carpintero, Jesús, de tu misma edad,
a darme coraje, mientras alrededor, al tenue
acento del sacerdote lejano
se mezclaba la agitación terrena
de niños privados
del bello sol del domingo.
Entonces, de improviso, en un rincón
cerca de la puerta, te encontré, quieto
y solo, me viste, te acercaste
tímidamente y besé
tus cabellos, hijo reencontrado
en el tiempo doloroso que por mí y por ti
y todos nosotros con pena se consume.

[Jorge Iglesias]

Eliot en una foto a los doce años

Hoy un viento ardiente pasa sobre la tierra,
ni árido ni seco como será más tarde,
arrastra hojas de cobre con un eco
que calca del infierno y anuncia el purgatorio

con su letargo otoñal. Es marzo,
con un sol que te hace sibilinos los ojos
violetas tenebrosas encrespan los cabellos,

tanto cuanto permite, o exige, la etiqueta
de la exiliada New England en costas australes-,
nunca querrás combatirla. Vencerla —

La agria boca adolescente revela tal intención
y firmeza mientras contra la pared de ladrillos
el fotógrafo finge tu ejecución y las rodillas

decaen culpables en la tibia estación
y en la edad — y ya vencida
la abandonas sobre las costas del tiempo,
vacía y luminosa, es decir, viva y escrita

hasta el gélido enero, invierno en los huesos.

[Ricardo Herrera]

Retrato de un hombre enfermo

Ese que ven pintado en rosa y negro
y que ocupa entero el cuadro espacioso
soy yo a la edad de cuarenta y nueve, envuelto
en un amplio ropaje que me corta las manos

como si fueran flores, y no deja ver si el cuerpo
está acostado o sentado: así es el de los enfermos
puestos ante ventanas que enmarcan el día,
otro día consentido a los ojos ágiles a fatigarse.

Pero cuando pregunto al pintor, mi hijo de catorce,
a quién ha querido retratar, me dice al momento:
"uno de esos poetas chinos que me hacías
leer, mirando hacia afuera, hace poco".

Es sincero, recuerdo haberle dado aquel libro
que alegra el corazón con ríos celestiales
y otoñales hojas, donde sabios poetas, o que fingen
serlo, se despiden de la vida elevando sus copas.

Yo, que pertenezco a un siglo que cree
no mentir, me reconozco en ese hombre enfermo
mintiéndome a mí mismo, y lo escribo
para exorcizar un mal en el que creo y no creo.

[Jorge Iglesias]

Diane di Prima

Poema de cumpleaños para mi abuelo

Hoy es tu cumpleaños y no es la primera vez
que intento escribir sobre esto, pero ahora
en medio de la locura, quiero darte las gracias
por avisarme de lo que podía esperar,
por no morderte nunca la lengua,
en aquel impoluto salón del Bronx,
gracias por sollozar a corazón abierto
al compás de innumerables y desgarradoras
óperas italianas, por tirarme del pelo cuando yo
tiraba de las hojas de los árboles para que
supiera lo que se sentía, ahora estamos
metidos de lleno en la revolución, la revolución
nos llega hasta las rodillas
y la marea sigue subiendo,
abrazo a desconocidos en las calles,
colmada de su amor y del mío,
el amor que nos dijiste que tenía
que llegar o moriríamos,
se lo dijiste a todos en el parque del Bronx,
yo te escuchaba
en el anochecer primaveral del Bronx,
respirando estrellas,
tu pelo blanco tan glorioso para mí,
tu altura, tus feroces
ojos azules, una rareza entre los italianos,

yo permanecía
a una cierta distancia, admirándote,
mi abuelo al que la gente escuchaba,
ahora sigo escuchando a una cierta distancia
mientras les sirvo sopa
a unos jóvenes de rostros luminosos
sentados en mi mesa,
hablamos de amor, hablamos de la revolución,
que es amor, en otras palabras, cuánto
nos amarías a todos,
cómo retumbaría tu sabiduría anarquista
vociferándonos a Dante y a Giordano Bruno,
gentes de orden,
entregados a tu misma causa, pues quiero que sepas
que lo hacemos por ti, y por los tuyos,
por Carlo Tresca, por Sacco y Vanzetti,
sin saberlo, sin pensar en ello,
así como lo hacemos por Aubrey Beardsley,
por Oscar Wilde (la luz de todas las farolas
será morada), lo hacemos por Trotsky y Shelley
y por el gran/tonto Kropotkin,
por la gente de *La huelga* de Eisenstein
y el *ennui* de Jean Cocteau,
lo hacemos por las estrellas del Bronx,
para que puedan posar su mirada sobre la tierra
sin sentir vergüenza.

[Annalisa Marí Pegrum]

El día que te besé...

El día que te besé, la última cucaracha
se murió. Las Naciones Unidas
abolieron todas las cárceles. El papa
admitió a Jean Genet como miembro
del Colegio de Cardenales. La
Fundación Ford, con gasto enorme,
reconstruyó la ciudad de Atenas.
El día que hicimos el amor, el dios pan
volvió a la Tierra, Eisenhower dejó
de jugar al golf. Los supermercados
vendieron mariguana. Y Apolo leyó
poemas en el parque Union Square.
El día que retozaste en mi cuerpo
las bombas se disolvieron.

[Annalisa Marí Pegrum].

Carta revolucionaria n.º 29

Cuidaos de aquellos
que nos ven como hermosos perdedores
que esperan con sus largas cabelleras a ser castigados
que lamentan en las playas nuestro aislamiento
no estamos solos: tenemos hermanos
en todas las colinas
tenemos hermanas en las selvas e
incluso tenemos hermanos en la tundra helada
sentados junto a sus fuegos cantan, juntan armas
se multiplican: reclamarán la tierra
no podemos ir a ningún lado, pero ellos nos esperan
no habrá exilio donde no escuchemos
«bienvenidos a casa buenos días, hermano,
deja que trabaje contigo buenos días, hermana,
deja que luche a tu lado»

[Sandra Toro]

Carta revolucionaria n.º 39

Hermanas, dejad que os cuente que el 30 de mayo fui
a uno de nuestros festivales,
tomé LSD en Thomkins Square Park con
mis hermanos y hermanas,
bailé bajo el sol, hasta que salieron
las estrellas y la resaca
nos rodeó mientras nosotros de pie
nos acariciábamos y seguíamos amándonos, después
volví a casa e hice el amor como una flor, como
dos flores abriéndose la una a la otra, éramos
la joya del loto, a la mañana siguiente, aún drogada
deambulé por la parte alta de la ciudad,
entré en el Museo de Historia Natural, y ahí,
en la sala de fauna peruana, vi las aves del paraíso,
como algo de antaño, como dinosaurios,
y vi pasar a los pájaros de la tierra, vi las flores,
vi la mayoría de los árboles y criaturas pequeñas:
ardillas, conejos, ratones y delicadas flores salvajes,
vi la tierra desnuda y suave y hombres eficientes
de plástico austero alimentados de forma hidropónica
trabajando como hormigas, y pensé con desapego,
sin remordimientos: «cuántas criaturas hermosas
poblaron la tierra».

[Sandra Toro]

Carta revolucionaria n.º 40

Si la palabra poseyera algún poder, América, tus yacimientos de petróleo arderían, tus ciudades no serían más que ruinas en llamas saqueadas por niños, tus coches todos averiados, atascando las carreteras, tus ciudadanos a un lado, desconcertados, o escogiendo un montón de objetos (lo que pudieran llevarse), si el poder de la palabra estuviera vivo, América, tu tendido eléctrico que todo lo ve caería, caerían tus cables de electricidad, de teléfono, tus torres de telecomunicaciones derrumbadasy convalecientes en los campos, incendiando el heno, tus periódicos tan inútiles que tu población analfabeta se limpiaría el culo con ellos.

Si el poder de la palabra existiese caerias America, la naturaleza se propaga desde los parques donde la tenías encerrada, el desierto se desliza a través de Las Vegas, el mar se relame sus orillas de petróleo en Los Ángeles, los camellos se reproducen, los osos, los ciervos están proliferando, y también los nativos y los indigentes.- ¿Duermes inquieta, América? ¿Sueñas con tus poderosos depósitos de petróleo color pastel abrillantando el mar?

Duerme bien, América, estamos aquí, junto a tu lecho, la palabra tiene poder, el canto es cada vez más fuerte.

[Sandra Toro]

Diane di Prima (Brooklyn, 1934- 2020) escribió libros de poesía y prosa como *Revolutionary Letters* (1971) o *Loba* (1978). Nieta de un inmigrante italiano anarquista, abandonó la universidad para instalarse en Manhattan, epicentro de la contracultura y el movimiento Beat en los años 50. Allí entró en contacto con Frank O'Hara, Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti o Merce Cunningham. Su escritura, como su vida sexual, se consolidó como una voz fundamental de esa generación. Di Prima decidió convertirse, además, en madre soltera, rompiendo con muchos tabús en la época. Editó la revista *The Floating Bear* y fundó la editorial *The Poets Press.* A finales de los 60 se instaló en San Francisco, donde se implicó en el movimiento hippie, la psicodelia y la comunidad contracultural. Tuvo cinco hijos de distintas parejas. Su libro *Memorias de una beatnik,* está considerado obra de culto.

Los poemas de Michael Longley

Gerald Dawe

Dos características vienen a la mente al leer los poemas de Michael Longley: el énfasis en la experiencia personal y su atención al detalle poético. Estas son virtudes esenciales y evidentes en cada paso: una fidelidad a la apariencia de las cosas, a su textura, forma y gracia que les otorga la mirada; y un cuidado constante por la palabra elegida que devuelva a la "dicción poética" un significado positivo.

Longley posee un lenguaje poético distintivo y propio. En ocasiones puede volverse recargado o en un artificio consciente y egocéntrico. En general, sin embargo, la fuerza de sus poemas proviene de este logro formal porque es literario en el sentido estricto de ser, una forma disciplinada, de establecer y refractar una comprensión cercana y continua de la vida, en lugar de ser un sustituto subjetivo de ella.

Al repasar estos poemas, surge con más fuerza su lucidez, control y dignidad. También su crecimiento. Porque con el movimiento desde un comienzo ornamentado y muy educado, a través de la complicación imaginativa hasta el atrincheramiento, la maestría de Longley de la forma es indiscutible.

El aspecto más impresionante de su poesía es la constatación de que el poeta da con una autoevaluación madura, que crece con y dentro de los términos de su arte, alejándose de sus inicios estilizados hacia la confianza y el equilibrio, por ejemplo, de *Oliver Plunkett* en *The Echo Gate* [1979]:

... ahora que lo han convertido en santo,
incluso una mosca zumbando en el tejado
debe afectar el equilibrio de su mente.

Sus fémures y omóplatos son escamas
que una mota de polvo podría inclinar,
haciéndole cojear o jorobado.

Ha sido sepultado bajo sus verdugos,
hasta que ellos también se desvanezcan
como el relámpago de sus instrumentos.

Suficiente silencio le acompaña por la catedral
suficiente silencio para registrar el ruido
de los pelos que caen de brazos y piernas.

Aquí no hay retórica, sino la voz indiscutible de la poesía. No importa lo que se le atribuya y no importa lo difícil que sea, como el mercurio, definirla, la poesía se compone principalmente de esa comprensión y cuidado por la forma de las palabras.

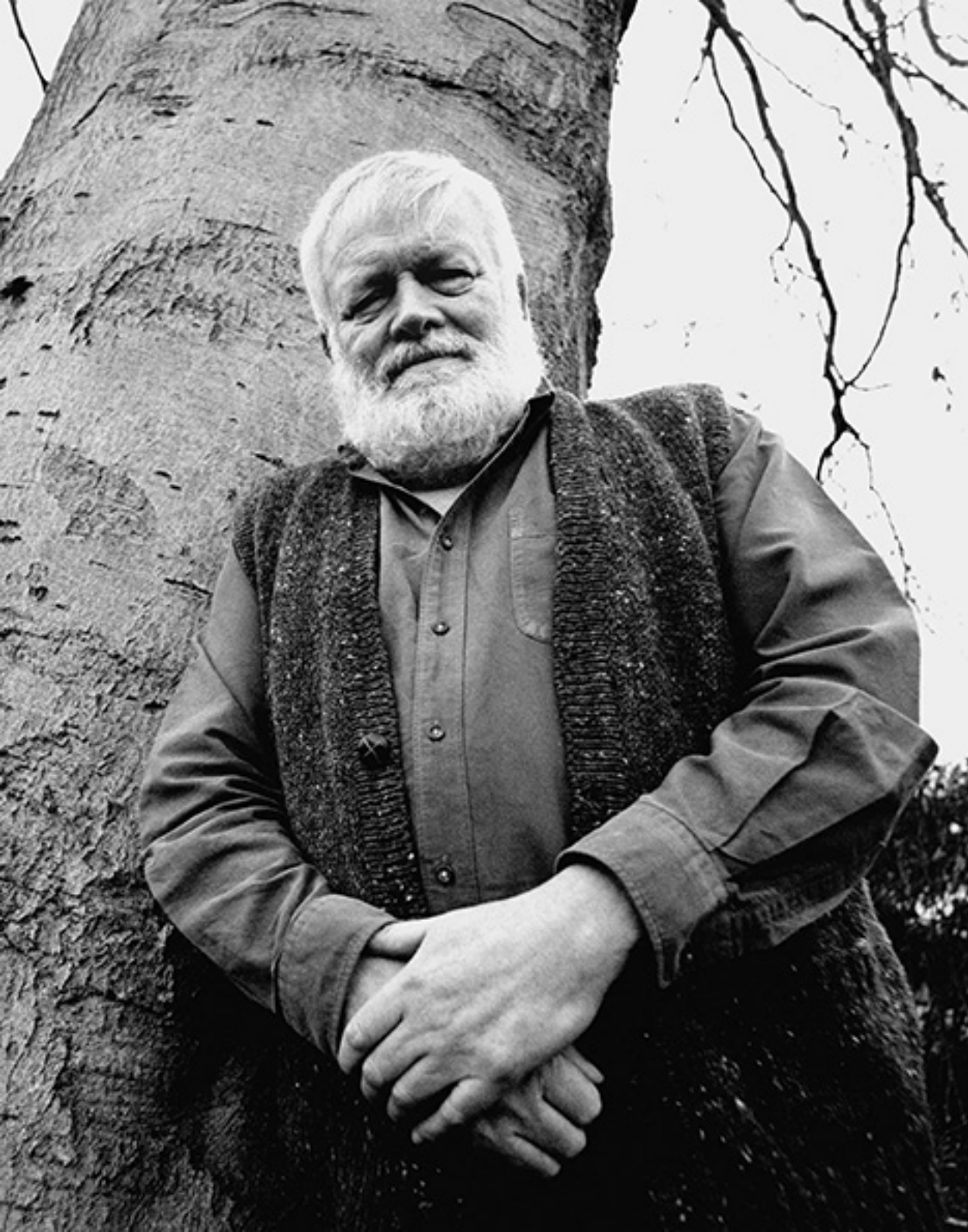
Desde sus cimientos Longley construye su propio universo imaginativo. Es satisfactorio dentro de los límites que ha definido para sí mismo, enraizado en el gesto físico que luego pone el mundo patas arriba, de adentro hacia afuera o de lado. Longley se asegura de que sus poemas no se pierdan de vista a sí mismos. Su accesibilidad en este nivel proviene de la propia habilidad del poeta y su firme convicción en la poesía como una forma abierta de comunicación.

La poesía de Longley rara vez se encierra en sí misma. En cambio, invita al lector a entrar. Todos sus poemas están

elaborados y demuestran una fe tensa y razonada en la imaginación individual. Uno de sus epígrafes: *«La oscuridad se disipa, imagina, en tu vida»*, resume el balance de la obra de Longley: un reconocimiento del lado oscuro, una confianza en la imaginación y en el crisol artístico que constituye la vida del escritor.

No puedo imaginar a ningún otro poeta que escriba en inglés hoy que pueda hablar del «alma» sin hacer estremecer al lector. Ni siquiera el uso recurrente que Longley hace de «tierra de nadie» limita la contundente relevancia de esa frase a las condiciones que el poeta debe afrontar si su arte ha de tener una influencia real en cómo pensamos y sentimos en el mundo actual.

Michael George Longley (Belfast, 1939 - 2025) se educó en estudios Clásicos en el Trinity College de Dublín, donde editó Ícaro. Fue Profesor de Poesía de Irlanda, un puesto académico transfronterizo creado anteriormente ocupado por John Montague, Nuala Ní Dhomhnaill y Paul Durcan. Después de enseñar durante varios años en Dublín, Londres y Belfast, fue director del Consejo de las Artes de Irlanda del Norte. Hizo parte del Grupo de poetas de Belfast, que incluía a Seamus Heaney, con quien fue amigo cercano, Derek Mahon y Paul Muldoon. Longley escribió su poema más famoso, Alto el Fuego, con la esperanza de un alto el fuego entre el IRA y las fuerzas leales a Inglaterra, y se publicó un día antes de que se produjera. El poema adapta una famosa escena de la Ilíada, donde el rey Príamo implora a Aquiles devuelva el cuerpo de su hijo. Entre los numerosos honores que recibió figuran el Premio Whitbread de Poesía, el T. S. Eliot y el Hawthornden. Fue doctor honoris causa de Queen's y Trinity y recibió la Medalla de Oro de la Reina de Poesía y la Orden del Imperio Británico.



Los caballos

El mejor homenaje para los caballos
inmolados en el campo de batalla,
aterrados, chocando con sus entrañas,
sofocados en el lodo, está en Homero.

Dos caballos se niegan a moverse
a pesar de las amenazas y las fustas silbantes,
y quietos como una tumba encorvan sus cabezas
frente a las inmóviles y bellas carrozas,
mientras desde sus párpados cálidas lágrimas
corren hacia la tierra por Patroclo, su auriga,
con sus radiantes melenas alteradas
bajo las colleras a entrambos lados del yugo.

[Alfaro Palma]

El fabricante de helados

Ron pasas, vainilla, caramelo, nueces, durazno:
podías rimar los sabores. Pero eso fue antes
que asesinaran al heladero en el camino de Lisburn
y compraras claveles para poner fuera de su tienda.

Entonces mencioné para ti las flores de Burren
que había visto en un día: tomillo, valeriana, salicaria,
filipéndula, orquídea, pata de cuervo, brezo, angélica,
geranio de San Roberto, mayorana, zecuta,
drosera, arveja, rosa del monte, germandrina del
bosque, flor de cuclillo, estelaria, aquilea,
galio, bolsa de pastor y pimpinela del pantano.

[Alfaro Palma]

El paracaídas

Ante la ventana pasa llevando una pala.

Es Joseph Murphy, padre de ocho mellizos,
amante de los caballos, secretario del club de tiro,
si ocultara en su garita un folio con poemas
sorpresa no sería juzgando que su abuelo
con un balde de mimbre y una pala
limpia la playa y fue el primero
en montar en paracaídas.

Con un paraguas roto y unas sábanas hizo
uno, se lanzó desde el techo del establo
y tras un frágil vuelo terminó en el hospicio.

Con muletas caseras y dejando las vendas
el abuelo de Murphy pasa por mi ventana.

[Alfaro Palma]

MICHAEL LONGLEY

Selected Poems

Sello de Salomón

A la sombra de los avellanos
en un rincón trasero de nuestro jardín,
a la derecha del grosello en flor,
quiero mostrarte un inesperado
Sello de Salomón.
¿Importa qué llamen así a esas campanitas,
como si fueran un documento medieval?
Es mayo y Salomón dice:
«Levántate, amada mía,
hermosa mía, ven.
El invierno ha pasado,
la lluvia ha cesado. Se ha ido,
las flores florecen en la tierra.
Una tórtola solitaria ha sobrevivido
bajo nuestra haya al primer corte de hierba.
Ha llegado la hora del canto de los pájaros».

[Alfaro Palma]

Takabuti

Mis nietas la miran fijamente,
una pequeña egipcia consciente de la moda
no mucho mayor que ellas, su rostro
oscurecido por el incienso y el tiempo,
sus ojos de lino devolviendo la mirada,
su mano a su lado como para dar la bienvenida,
su pie sobresaliendo de las vendas
como para seguirlas a la salida
y acompañarlas el resto de sus vidas.

[Alfaro Palma]

El atrapamoscas

Un atrapamoscas se estrelló contra la ventana.
Amelia puso el cadáver en sus manos
y quiso dar vida a las motas del pecho,
imaginando un despejado musgoso donde
se entretejen árboles sombríos, ramas
donde dar vueltas y planear y veloz
como una flecha perseguir mariposas
y abejas que pican, un polluelo como ella,
con un aleteando al sol, un pajarillo
ejerciendo su nombre y trayectoria...

[Alfaro Palma]

Claudio Damiani

Qué bello que este tiempo

Qué bello que este tiempo
sea como todos los tiempos,
que yo escriba poemas
como siempre han sido escritos,
que esta gata se esté limpiando
y transcurra su tiempo,
y que, aunque está sola,
casi siempre sola en casa,
no deje de hacer sus cosas
-ahora por ejemplo echada
mira a su alrededor-
y transcurre su tiempo.
Qué bello que este tiempo,
como cualquier otro tiempo, termine,
qué bello que no seamos eternos,
que no seamos distintos
a nadie que haya vivido
y que haya muerto,
a nadie que haya entrado
en la muerte tranquilo
como en un camino
que al principio parecía difícil,
tortuoso, pero era más bien llano.

[Carmen Ferro]

Caminar por tu vía

Caminar por tu vía,
o eres tú, sendero,
quien anda dentro de mí,
quizás eres tú la criatura
y yo un camino, una vía.
Estás tan entero,
tan bien hecho, formado
en todas tus partes.
Y cuando te veo,
siento que estás vivo
que vienes hacia mí, feliz,
o cuando te golpea la lluvia
y estás inmóvil como las vacas,
que no buscan refugio,
o cuando el agua parlotea
y te vuelves arroyo.

[Carmen Ferro]

Y ahora pienso cuánto amé

Y ahora pienso cuánto amé
cuando era joven,
y lo seguro que estaba
que mi amor era un ángel,
y que yo era un ángel,
y lo iguales que éramos
(aunque ella era más igual que yo).
Y ahora no digo: todo esto es falso
porque la vida es distinta,
la vida me ha cambiado;
ahora digo: era todo verdad.
Nacimos ángeles y amamos
con todo el corazón,
de nuestro amor nos enamoramos
como niños que no conocen el mundo
y, completamente, morimos.

[Carlos Reche]

Si los hombres estuvieran ocupados

Si los hombres estuvieran ocupados
sería mejor porque tendrían menos tiempo
para sufrir, si hubiera mucha cortesía,
fiestas y cantos, ritos mucha naturaleza,
no esas discotecas lúbricas
no esas ciudades asquerosas,
mucha religión, más música,
más chicas que bailen taconeando
o cantando en barcas bajando por los ríos,
mucho caminar por los bosques,
mucho estudio y amor,
no esa televisión de burdel, con caras de asesinos,
mucho arte, mucha cortesía y gentileza,
buenos modales, educación, estudio,
menos intelectuales ignorantes,
y esos vips, con esas caras de cerdo
que se revuelcan en su mierda,
más humildad, mucho más humildad, y respeto,
si hubiera más silencio, más fiestas
más trabajar juntos, tranquilos,
contentos con trabajar juntos, cantando.

[Emilio Coco]

Querida poesía

Querida poesía,
si quieres venir vienes,
si no quieres no vienes,
haz como si estuvieras en casa,
conmigo tienes que hacer así;
sólo, no puedo no venir aquí collado,
y no puedo no admirar tus hombros
y no puedo no respirar, aquí, tu aire
que me nutre y sin la cual
no podría vivir, no respirar los colores
que te circundan, como vestidos
siempre diferentes,
y sentir el olor de tus plantas, y de tu tierra,
y con la mano sentir fogosa
tu piedra como la cabeza de un crío.

[Chiara De Luca]

Claudio Damiani (San Giovanni Rotondo, 1957), nació en el sur de Italia, aunque a una edad temprana se mudó a Roma, donde vive. Publicó sus primeros poemas en *Nuovi Argomenti*, la revista dirigida por Pasolini, Moravia y Bertolucci. Es uno de los fundadores de la revista *Braci*, donde se propuso un nuevo clasicismo. Inspirado por antiguos poetas latinos y por el Renacimiento italiano, sus temas son principalmente la naturaleza y el cosmos, con una atención secundaria a la investigación científica actual. En 2013 fundó *Viva, una rivista in carne e ossa*. Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas.

Juan Guillermo Alvarez

En Tennessee

En Tennessee,
hace un frío de lobos.
Las montañas se precipitan,
llueve mucho,
y estoy cansado.

He llegado a desear
un buen sorbo de agua,
unos minutos de sol,
la paz de mi caballo,
que importa más que la mía.
Tal ha sido mi regreso
a través del arisco Tennessee.

No hizo falta una mujer
hasta que pude olerla,
hasta que vi su frágil silueta de ave.
Aun lo que tenía entonces era una vida.
Con el oído tan cerca de la sangre,
con cada desnudo nervio a mi servicio

Pero la olí,
y me volví el espejo roto que soy ahora.
No me basta mi cuerpo para contenerla,
aunque está en mis manos,

en el marchito hueso de mi frente,
en esas ramas líquidas que conocieron el deleite
y ahora sufren en mis dedos,
río todo de huesos
sueño que quiere viajar y lo hace en otro sueño,
cada parte de mí no se basta,
y así es sospecha, pensamiento y culpa,
no importa que yo sea yo,
un escombro.

Que esto sea el yermo país de Tennessee,
paso obligado al purgatorio,
mi carne ha vuelto al minucioso temor:
sí, estoy vivo,
quiero salir de este país de sucio hielo,
y sé que marcho hacia mi muerte,
y voy como no debo,
con el cuerpo hecho pedazos,
reflejándola a ella, a la que no he tenido,
a la que ya no tuve,
y soñando con un sol imposible,
el sol de mi lejano país.

Las hojas caen

Las hojas caen,
son la capa de octubre
y el otoño, con ellas,
y los árboles,
me acogen.
Sigo aquí,
te veo sacar,
de entre el follaje,
con tus propias manos,
el fruto dorado y palpitante.

Su perfume era inagotable

Su perfume era inagotable
como una selva flotante y nómada
que se renovara a voluntad,
con ríos insólitos.
No era un cuerpo,
era muchos cuerpos demorándose
en guiños, en reflejos, en caricias
que parecían la promesa del huerto,
el disparate de un mago,
la finta de la dansèuse,
y amarla,
era aproximarse
a la saturación de los sentidos,
para alcanzar
una epicúrea santidad por exceso.

Casi te siento sol

Casi te siento sol,
casi me quemas,
de viva luz,
casi me sabes pura,
y así paso de largo,
sin que sepas
más de mí o de tus huesos,
cosas que son o han sido
o en la cordura donde duerme
una canción que miente,
el rodeo que propongo a
tu sol, a tu semilla.

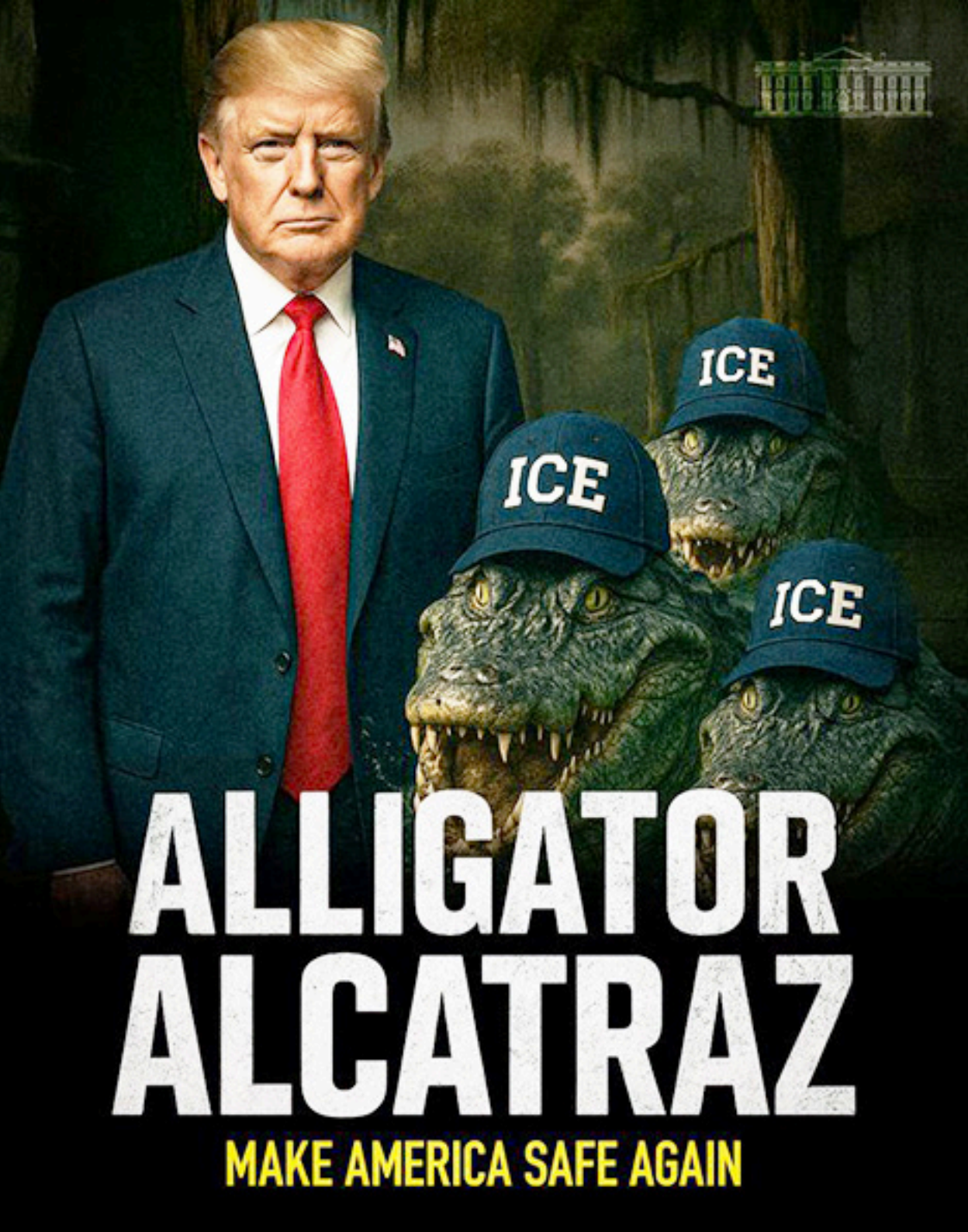
Memoria de sueños felices

Amable como una mujer,
como las estrellas de un campo,
indecisa y promisoria,
la memoria de los sueños nos alcanza.

Juan Guillermo Álvarez [Pereira, 1967], médico cirujano, especialista en Medicina Interna, hizo estudios de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Caldas. Ha publicado los libros de poemas *Las Espirales de Septiembre* (1992) y *Todos los días tu piel* (2011). Los textos que publicamos fueron cedidos por su autor.

No son grullas

No son grullas, las aves que cantan por mi país.
No migran hacia el calor del trópico,
deteniéndose en las aguas del Valle del Hula,
o bajo la llovizna mineral que llena las marismas,
o en algún otro rincón del Mar de los Sargazos.
Son colibríes, gallitos de roca que encienden,
con su algarabía, los bosques de higueras,
álamos, aves del paraíso, casuarinas y yarumos.
No cantan las hazañas de los héroes,
en cambio, sin sospecha de nostalgia,
beben el amor instantáneo.
No llevan otro mensaje que su entrega inmediata.
Son colibríes.


ICE
ICE
ICE
ALLIGATOR
ALCATRAZ
MAKE AMERICA SAFE AGAIN

Auschwitz Alligator

Joan Walsh

Trump ha creado en los Everglades un campo de concentración para 3.000 migrantes que cuesta unos 450 millones de dólares al año. La gente lo llama "El Auschwitz de los Caimanes". Quienes terminen allí serán seleccionados por su etnia. El objetivo es el confinamiento y el sufrimiento. Al menos los que terminaron en Alcatraz, la isla prisión, tuvieron un debido proceso. Las gélidas aguas y los tiburones les impidieron escapar; estos prisioneros estarán en un pantano infestado de mosquitos, rodeados de caimanes y pitones. El Partido Republicano de Florida vende artículos promocionales de "Alcatraz de cocodrilo". Se espera que el campamento, sin aire acondicionado, tenga unas temperaturas que superan los 38 grados Celsius.

Este tipo de crueldad fascista no es nueva ni exclusiva de Donald Trump. ¿Recuerdan al sheriff de Arizona, Joe Arpaio, que construyó cárceles de tiendas de campaña en el abrasador calor del desierto e hizo que los reclusos llevaran ropa interior rosa? (Arpaio apoyó a Trump en 2015). Pero los republicanos de MAGA han perfeccionado el arte del espectáculo cruel: niños migrantes arrancados de sus padres y viviendo en jaulas, niños que vagan solos, llorando por sus madres, en el primer mandato de Trump. Más recientemente, la humillación pública de hombres centroamericanos y sudamericanos detenidos, encadenados y agachados mientras les afeitaban la cabeza en una cruel prisión salvadoreña. Luego posaron, sin camisa,

apilados uno sobre el otro, para una sesión de fotos con la secretaria de Seguridad Nacional, Kristi "Cruella" Noem. Pura pornografía de la crueldad.

Sin embargo, "Auschwitz Alligator" podría ser un ejemplo de sadismo público. Supongo que también veremos a Noem allí, y tal vez al secretario de sadismo, Stephen Miller, subjefe de gabinete de Trump. Miller es una fuerza impulsora de los secuestros de madres y padres, por hombres enmascarados que dicen ser del ICE, y de otras escenas de desolación: un puesto de tacos, antaño bullicioso, abandonado, con la comida pudriéndose bajo el sol; campos agrícolas vacíos en el Valle Central de California, con cultivos pudriéndose. "En los campos, diría que el 70% de los trabajadores se han ido", dijo a Reuters un agricultor del condado de Ventura. "Si el 70% de la fuerza laboral no se presenta, el 70% de la cosecha no se recoge y puede echarse a perder en un día".

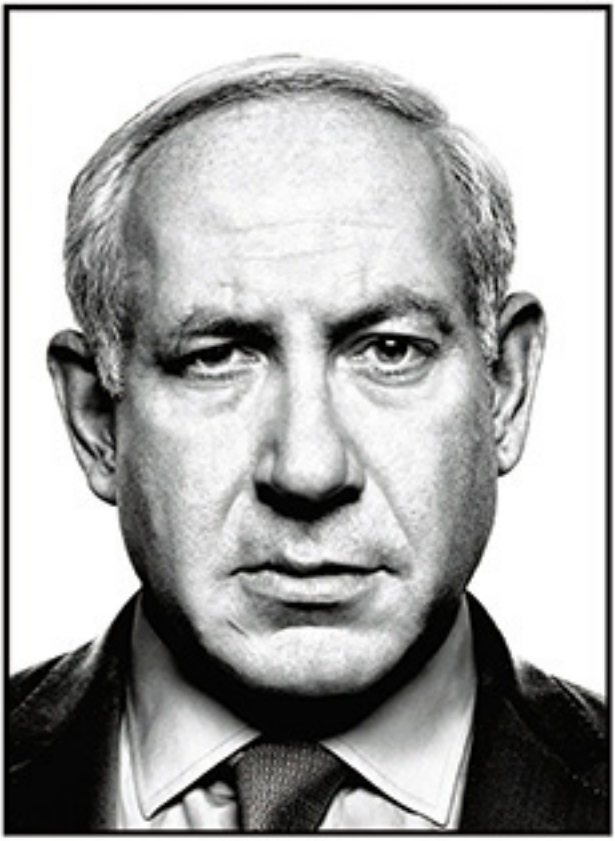
Es probable que todo empeore. Enrique Tarrio, --sedicioso convicto y fundador de los Proud Boys, conocidos por su violencia--, ha hecho un llamado a sus miembros para que ayuden en las deportaciones. Vende una aplicación que permite a sus partidarios reportar a ICE a personas que sospechan están aquí ilegalmente y ser recompensados en criptomonedas. (Trump indultó a Tarrio y lo liberó de una sentencia de prisión de 22 años).

No es de extrañar que Trump asista a la inauguración de su "Alcatraz de Caimanes". Estamos entrando en un nuevo mundo de pornografía cruel.

International Criminal Court

WANTED

FOR CRIMES AGAINST HUMANITY



BENJAMIN NETANYAHU

Prime Minister of Israel

THE LEFT